

# Canto Fúnebre

Francisco Gamaniel Sandez Graciano

Image not found.

# Capítulo 1

I

...Con un paso lento y con una mirada sin vida, al tiempo que pasa frente a una pequeña iglesia este detiene su caminata, vuelve su mirada y admira su bella estructura, los sencillos detalles barrocos y el tan apacible ambiente que emanaba, un lugar perfecto para descansar. Se encontraba inmerso en una soledad y un silencio inquietante, su joven rostro carecía de expresión alguna, solo en sus ojos se podía apreciar un destello de agonía y misterio; tenía el aspecto de un muerto, su pálido rostro y su boca tan reseca denotaban el sufrimiento que sentía, sentimiento que lo consumía lentamente, parecía un niño perdido, un hijo de nadie, olvidado y entregado a los brazos de un mundo que no lo acepta como es. Habiendo observado durante unos segundos la fachada, regresa su mirada hacia el suelo derramando un par de lágrimas que se desvanecen desde sus enrojecidos ojos hasta el suelo, el cual veía mas cerca de lo que acostumbraba; pero no lloraba por tristeza, no se lamentaba, ni siquiera un solo sonido salía de él, ni un solo quejido de moribundo que lamenta su agonía mientras muere, parecía ahogar una intensa rabia. Segundos después, aprieta su mandíbula y sus ojos deteniendo así su llanto, limpia sus lágrimas con ambas manos y se encamina lentamente hacia el interior de la iglesia. La puerta estaba entreabierta, la empuja con lentitud haciéndola rechinar, sonido que hace eco en el interior y ahuyenta algunas de las palomas escondidas en el techo. Una vez adentro, mira a su alrededor con novedad, parecía ser la primera vez que entraba en un lugar así, aunque se sentía relajado, se sentía distante, admira las deterioradas estatuas de los variados santos y las coloridas pinturas que contenían imágenes del cruel recorrido de Cristo hacia la cruz, se sentía intimidado en aquel lugar, sentía una gran opresión en su pecho, sin embargo, no se detenía, continuaba su marcha aun sin saber el porque estaba ahí. El sacerdote del lugar, quien se encontraba limpiando cada rincón de lo que debía considerar su hogar, acomodando y arreglando los floreros, sin hacer el menor ruido, discretamente observaba los movimientos del extraño de tan sospechoso aspecto, se mantenía en silencio con el ceño fruncido, estaba acostumbrado a albergar indigentes, viciosos y demás, pero esta vez, el sujeto, en verdad no le inspiraba confianza alguna.

Mientras admiraba el lugar, el intruso topa con el confesionario, el cual atrae su atención de inmediato, mira hacia el suelo jugando con sus nerviosas manos, pasa un poco de saliva y se introduce al mismo. El lugar resultaba ser acogedor, cálido y seguro, un lugar en el cual no podrían hacerle daño, al parecer se escondía de alguien o de algo, mantenía su cabeza agachada, su ceño fruncido y los ojos cerrados, su boca tenía el aspecto de jamás haber sido usada, reseca y entreabierta, solo dejaba salir un leve respiro. Observa el suelo continuando así con su silencioso

llanto.

El padre, al verlo introducirse al confesionario, detiene su rutina, acomoda los últimos floreros y, aunque dudando, decide ir hacia él para ver en que puede ayudarlo; con cautela, este de igual forma se introduce al confesionario, acomoda su pequeño banquito y se sienta exhalando con un cansancio acostumbrado, el extraño se miraba molesto, mas se mantiene indiferente ante tal intromisión.

-En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu santo...- exclama el padre de nombre Mateo, mientras limpia su frente con un pañuelo color rojo, pasan unos cuantos segundos antes de que se escuche respuesta alguna.

-No vine a confesarme- contestó el extraño con un tono de desagrado y una fría voz, aun mirando hacia el suelo ignorando la presencia del padre Mateo, quien, extrañado ante tal respuesta, decide insistir:

-¿Entonces a que has venido hijo?- dijo con una grave voz, autoritaria y segura, pero al mismo tiempo reconfortante y consoladora, el padre Mateo, era un hombre de avanzada edad, silencioso y algo enfermizo, apodado "el padre de los remedios", por las señoras que acostumbraban acudir a la iglesia, era un hombre de letras, sabedor, de buenas costumbres y buena educación, llamaba la atención por su inconfundible aroma a te de menta combinado con un leve olor a cigarrillo, hábito heredado por las largas noches de insomnio que pasaba después de cada misa, enfermedad producida por aquellas largas noches que pasó, cuando era joven, leyendo la Biblia en el seminario, "el insomnio es una enfermedad odiosa, pero las noches son el mejor horario de lectura" pensaba. Después de escucharlo, el extraño suspira haciendo una pausa y cierra sus ojos, impotencia y desesperación se marcaban claramente en su joven frente, segundos después contesta con lentitud:

-no lo se. El padre se intrigó.

-si vienes aquí a drogarte voy a tener que...

-no voy a drogarme...- interpuso rápidamente el extraño abriendo nuevamente sus ojos mientras el padre, inseguro, lo observaba discretamente por los pequeños orificios de madera del confesionario -solo quiero estar solo... aquí me siento seguro- finalizó suspirando, ahora con mas lentitud. Al escuchar el tono de voz con el que aquel sujeto hablaba, el padre Mateo decide hablarle en un tono más relajador.

-te vi entrar... - dijo al tiempo que acomoda su pañuelo en sus piernas doblándolo cuidadosamente -y... por tu apariencia, creo que no te sientes muy bien hijo... -no me llame hijo...- interrumpió bruscamente el extraño -

por favor.

Habiendo quedado en silencio por tan absurda petición, el padre, aun algo confundido decide cuestionar:

- y... ¿Cómo quieres que te llame? Aun no se tu nombre

-mi nombre...- exhaló largamente el extraño -... mi nombre no importa, llámeme como usted quiera, solo no me llame hijo... no me siento como un hijo de alguien ahora.

-bueno... si no me quieres ver como padre o sacerdote, me puedes ver entonces como un amigo- sugirió el padre, el misterioso sujeto, sonríe irrespetuosamente.

-quiere ser mi amigo ¿eh?

-claro, dime cuales son tus problemas, cualquier cosa que te esté molestando, tal vez te pueda ayudar. El sujeto vuelve lentamente su mirada hacia el padre.

-¿puede usted... hacer que una persona regrese de la muerte?- Aquellos ojos sin vida se tornaron en un instante en los de un temerario sujeto de sangre fría, el padre no puede sostener la mirada.

-¿Qué?- cuestiona extrañado, pasa un poco de saliva y saca un rosario del bolsillo interior de su túnica.

-si puede hacer eso, entonces me puede ayudar- agregó reacomodándose en su asiento.

-perdón, pero no te entiendo... ¿Qué es lo que hiciste?

El extraño vuelve de nuevo su mirada hacia el suelo entrecerrando sus ojos, suspira un tanto desalentado, las ojeras y las bolsas en sus ojos no dejaban que este mantuviera su vista completamente abierta, parecía padecer de un incómodo insomnio, algo en común con el padre, sus ojos estaban vidriosos, caídos, faltos de vida, parecían verlo todo mas no observar nada.

-usted no querrá saberlo... y dije que quería estar solo.

-y yo te dije que te podía ayudar, además no puedes estar solo aquí.

-yo quiero estar aquí, solo déjeme y váyase- insistió el sujeto.

-¿Qué hiciste hijo? ¿Qué te trajo aquí? ¿Por qué tienes miedo de salir?

-no tengo miedo de salir- contestó molesto – solo que... afuera ya no hay nada para mí.

-¿Por qué crees eso?

-porque es la verdad, mentiras, engaños... Nada más que mierda- expresó el extraño con una entrecortada voz.

-no digas groserías- El extraño agacha su mirada indiferente al regaño -ya puedo ver lo que te pasa- agregó el padre.

-¿si? ¿Y qué es lo que ve?

-quieres hablar pero tienes miedo de hacerlo, la sociedad es injusta a veces, pero...

-la sociedad- interrumpió despectivamente – ¿qué sabe usted de la sociedad si durante todo el día está escondido aquí?

-... no todos somos pecadores- completó el padre.

-¿usted no lo es? Le puedo asegurar...- señaló el intruso levantando su dedo en contra del padre -...que lo primero que pensó hacer cuando me vio aquí, fue llamar a la policía, o lo va a negar. El padre quedó en silencio.

-Esto es lo que necesitas hijo, sacar todo el odio que tengas guardado, no es bueno reprimir tus sentimientos, di lo que quieras decir, no importa, te vas a sentir mejor. El intruso vuelve su mirada hacia el suelo sonriendo mientras niega con su cabeza.

-usted es una buena persona padre, lo puedo sentir, pero hay cosas que simplemente no se pueden arreglar, no con palabras, lo que a usted se le hace muy fácil expresar, para mí... Para mi es imposible.

-claro que es imposible, con esos pensamientos negativos todo es imposible, no vas a llegar a ningún lado pensando así, te quedarás estancado odiando y reprochándole a la vida lo que eres y lo que no pudiste ser, lo que te da y lo que te quita- exclamó el padre alzando un poco la voz.

Ambos quedan en medio de un incómodo silencio. Al cabo de unos minutos el extraño vuelve a tomar la palabra.

-está bien padre... voy a jugar su juego- atendió el extraño.

-¿Qué juego?- preguntó el padre Mateo.

-le diré lo que hice y porqué estoy aquí.

-¿vas a confesarte?- Cuestionó el padre, el sujeto lo observó con una intensa y fría mirada, transmitía una inusual molestia ante las ideas religiosas -está bien, si es lo quieres, te escucho hijo. El joven regresa la mirada inspirando.

-...mi nombre es Cristián, y estoy aquí porque... hice algo que no me deja descansar, me está consumiendo- confesó.

-continúa- expresó el padre Mateo mientras pasa su inquieta mano izquierda por su recién rasurada barbilla.

-no... no es como decirlo, es muy difícil...- exclamó Cristián con una quebradiza voz mientras observaba sus manos.

-dilo sin miedo hijo, recuerda que siempre hay una luz que nos ilumina el camino.

-¿y de qué sirve la luz en un mundo de ciegos?- opuso Cristián- y le dije que no me llamara hijo.

-¿Por qué crees eso? ¿Por qué no crees que Dios te pueda ayudar... Cristián?

-porque no creo en Dios.

Un frío silencio se hizo presente entre ambos.

-no es muy común que un ateo visite la iglesia.

Cristián sonrió a medias.

-ateo... La gente le pone nombre a todo ¿no?

-solo exprésalo, yo veré en que te puedo ayudar- invitó el padre Mateo.

-yo...- expresó en medio de un suspiro - yo maté a una persona.

El padre Mateo siente un intenso escalofrío en todo su cuerpo, el silencioso ambiente de la pequeña iglesia queda en total y absoluta tensión. Dudando uno del otro, estos guardan silencio, pensativos e inmóviles, durante unos cuantos segundos, lo único que se escucha es el

eco las palomas que revolotean en el techo.

-le contaré todo padre- retomó la palabra Cristián -pero debe prometerme que me va a ayudar, no puedo con esto solo.

-lo que me acabas de decir... ¿es verdad?- cuestionó algo temeroso el padre Mateo.

-todo lo que le voy a contar es verdad...

El padre mira el rostro de Cristián, el cual pasó de ser intimidante a ser solo el rostro de un solitario adolescente.

## ALGUNOS DÍAS ANTES

### II

Unas pocas semanas antes, en una calurosa noche de agosto, Cristián decide salir a convivir con sus amigos, los cuales no son del agrado de su estricto y sofocante padre, el fin de semana es el día preferido de todo joven y Cristián no es la excepción. Días pasados, Cristián había sido castigado durante un lapso de tres meses, la causa: había llegado tarde después de salir sin permiso a una fiesta en la playa, actitud no muy frecuente en Cristián, aunque no era rebelde ni vago, le gustaba salir y disfrutar del licor y las accesibles drogas.

Harto del insano encierro, después de haber hecho planes por teléfono con sus amigos, decide levantarse el absurdo castigo y salir, se alista vistiéndose con sus acostumbrada vestimenta, gustaba usar ropas y accesorios oscuros, del mismo color que su cabello, esto junto con su pálida piel lo hacían ver casi como un personaje de cuentos de vampiros, aunque esta no era su intención. Cristián tenía una belleza casi femenina, tenía un delgado y alargado rostro, una pequeña nariz respingada y una pequeña boca blanca, su padre siempre había dudado sobre su sexualidad, a pesar de que cada vez era más notable, su padre prefería vivir en negación. Sale por la ventana de su cuarto, testigo silencioso de sus andanzas. Su cuarto estaba en el segundo nivel de una lujosa mansión, este debe trepar hacia un inmenso árbol que estaba al lado de su casa, un grueso mezquite que habitaba el lugar mucha antes de que la familia se mudara. Baja con cuidado, con una acostumbrada habilidad, y sin hacer el menor ruido para no despertar a nadie. Ya estando en el suelo, Cristián camina a paso lento sobre el pasto mientras es observado por el intimidante perro guardián llamado Nicky, un hermoso pitbull entrenado al cual su nombre le restaba respeto; después de pasar la

barda que rodea su casa, la cual trepa tomándose de la frondosa enredadera, Cristián se acerca a una camioneta negra de vidrios polarizados estacionada unas cuantas calles más adelante, en dicha camioneta ya lo esperaban sus amigos, quienes había recibido el mensaje de su escape a través de su celular, abre una de las puertas traseras y aborda el vehículo, estos parten lentamente con las luces apagadas.

-las tonterías que tengo que hacer para salir a divertirme- se admiró sonriendo Cristián.

-no es la primera vez- señaló Isaías, uno de sus más apegados amigos. El conductor acelera con indiferencia. Estos se dirigen directo al antro de moda, un lugar llamado "Shojo" uno de los más famosos de la ciudad, no por su música, sino por los diversos problemas que suceden noche con noche; este es visitado, en su mayoría, por traficantes, drogadictos, homosexuales y lesbianas. De los siete días de la semana, tres es visitado por la policía mediante fuertes operativos que lo único que logran es darle mas fama al lugar, el consumo de droga no baja nunca, solo aumenta y con esto el interés de la gente. Esto no le importa a ni Cristián ni a sus amigos, aunque de vez en cuando consumían las diferentes drogas del lugar, en general eran personas sanas. Los amigos de Cristián eran tres: Mario "el gato" de cabello oscuro y delicadas facciones faciales, el color negro y la música gótica eran su mayor placer en la vida, Isaías, el deportista, de brazos musculosos y complexión delgada, este es el más cercano amigo de Cristián, Ramsés, de ojos claros y tez blanca, a quien tenía poco más de dos días de conocer, dueño de la camioneta, gustaba vestir casualmente, se veía mayor que ellos por varios años, todos gustaban de la vida nocturna y de la convivencia social.

Podían acceder fácilmente aun sin ser mayores de edad, ya que Isaías era amigo del guardia de la entrada, además que no eran los únicos adolescentes sin identificación. Una vez dentro, estos se dirigen hacia una alejada y casi oscura mesa, solo las diferentes luces de neón le brindaban luz, Ramsés, por su parte, se separa del grupo y va a la barra, pide una rara bebida color verde, mientras los demás se acomodan disfrutando del ambiente, Cristián observa la pista de baile, en la cual se apreciaban diferentes parejas que disfrutaban el ritmo, lesbianas, homosexuales, bisexuales, heterosexuales, todos bailaban entre sí.

-y simplemente no puedo cansarme de este lugar- expresó Isaías alzando la voz.

-cada vez viene más gente, y ya sabes lo que eso significa- exclamó el "gato" con una orgullosa sonrisa levantando ambas cejas.

-carne nueva y fresca- completó Isaías moviendo su cabeza al ritmo de la música, en el lugar se podían ver una gran cantidad de personas de diferente estilos, razas, creencias, edades y sobre todo, vicios, era un

lugar sin escrúpulos, desinhibido, cierto tipo de personas solían llamarle el "burdel del diablo" no había límites ni control alguno, la gente aquí podía venir y hacer lo que siempre había querido hacer, experimentar, desvanecer su curiosidad, cumplir sus fantasías y divertirse como nunca.

Todos disfrutaban del ambiente y la vista, excepto Ramsés, al ser casi un desconocido para Cristián y la persona en quien menos confía, se mantiene algo distante, solo un par de miradas incómodas y sonrisas forzadas ha sido la comunicación que ambos han tenido.

-¿dónde me dijiste que lo conociste?- cuestionó Cristián acercándose al oído de el "gato" -¿a quién?- cuestionó este mientras baila al ritmo de una extraña combinación musical de sonidos electrónicos.

-a Ramsés, como que no me cae muy bien.

-en un bar, hace como dos semanas- contestó el "gato" mientras observa la pista de baile -es buena onda, habla con él, te va a caer bien.

Cristián solo niega con su cabeza retorciendo hacia un lado sus labios, vuelve su cabeza con lentitud hacia la barra regresándola casi de inmediato, Ramsés lo observaba con una mirada extraña, fría pero amigable, este ocultaba su sonrisa tras su bebida, Cristián disimulaba sus nervios observando la pista. Estos son atendidos por un extravagante mesero el cuál vestía un con diversos colores, un maquillaje extravagante y un peinado alto al estilo de los años ochenta.

-hola guapos- se presentó el mesero -¿Qué van a tomar?

-cerveza- contestó Isaías con rapidez -tráenos tres cervezas claras.

-o.k ya se las traigo- respondió el mesero alejándose al mismo tiempo en que Ramsés se acerca a la mesa, observa a el "gato" y sonrío, este le contesta la sonrisa. Cristián no parecía muy contento de tenerlo cerca.

-¿y no vamos a bailar?- cuestionó Ramsés mientras movía sus hombros aun acercándose.

-yo bailo hasta que me haga efecto la cerveza- contestó Isaías.

-acabamos de llegar, espérate un rato- exclamó el "gato" Ramsés se planta al lado de Cristián -¿y qué hay de ti?

-no, después- contestó Cristián con nerviosismo.

Ramsés se aleja moviendo su cabeza hacia los lados.

-pues yo si voy a ir a bailar. Exclamó, se aleja e invita a bailar a una jovencita delgada, de vestido blanco y al parecer de menor edad, la joven acepta la invitación ante la sonrisa y el asombro de sus amigas, Cristián observa los movimientos de esta mientras se adentraba en la pista, este topa sus ojos con una singular mujer que bailaba seductoramente. De inmediato fija su mirada en ella, la joven se movía con excitantes pasos, llevaba sus manos por todo su cuerpo, jugaba con su cabello y mordía sus labios a cada instante, de facciones asiáticas, tez morena y delgada, Cristián observaba todo en ella, sus senos firmes y permeados de sudor, su cintura, la cual se dejaba admirar pues su diminuta blusa apenas alcanzaba a cubrir su senos, su cadera y la forma en que se movía. Cristián cierra sus ojos y vuelve su cabeza hacia otro lado, en ese momento llega el mesero con las cervezas.

-excelente- exclamó Isaías. Este le estira un billete –gracias, el cambio es para ti –expresó cerrándole el ojo derecho, el mesero sonríe y se marcha.

-¿Qué tienes?- cuestionó el “gato” a Cristián quien mantenía una inusual seriedad.

-nada, tengo ganas de ir al baño- se levanta presuroso, Isaías y Mario solo se observan extrañados. Al llegar al baño, se acerca al lavabo para lavarse el rostro, alrededor del mismo se podían ver paquetes de condones abiertos y uno que otro condón usado en el suelo mezclado entre agua, papeles y pastillas, había un leve hedor a orina y levemente a excremento al cual se habían acostumbrado todos, en el baño siempre había gente, en su mayoría homosexuales drogados que hacían sexo oral a sus parejas o a veces a extraños acababan de conocer. Cristián se admira en el espejo quitando el exceso de agua con una servilleta de papel, en eso, la puerta de uno de los cubículos se abre dejando a la luz dos hombres que se besaban con pasión, tocaban sus miembros constantemente y se acariciaban el rostro, Cristián los observa con indiferencia y sale del baño.

Horas después, ya entrada la madrugada, después de haber bebido hasta los límites de su cuerpo, Ramsés se había unido al grupo después de haber bailado y tomado un par de bebidas en la barra con la jovencita que acababa de conocer, Isaías se acerca al oído de este mientras saca algo de la bolsa de su chaqueta, Ramsés sonríe viendo a los ojos a Isaías, segundos después ambos se levantan.

-¿a dónde van?- cuestionó Cristián observando a Isaías.

-ya sabes- contestó sonriendo con una mirada algo desorbitada.

-viciosos- exclamó "el gato" quien, al igual que Isaías, tenía una mirada perdida y una torpe actitud debido al licor entre sus venas; al alejarse de la mesa, Cristián los sigue con la mirada, Isaías se introduce al baño mientras Ramsés llega a la barra acercándose a una solitaria y misteriosa mujer, platica con ella durante unos segundos y se va, la mujer vuelve su cabeza hacia Cristián, quien al verla, entrecierra sus ojos intentando reconocer su rostro, al hacerlo, este de inmediato se voltea hacia otro lado.

-¿qué pasó?- cuestionó el gato.

-no, nada- contestó Cristián apretando su mandíbula.

Gradualmente, conforme transcurre la noche, la música se vuelve más aburrida, ocasionando con esto que la gente abandone el lugar, una sutil forma de decir que la fiesta se acabó.

-ya nos están corriendo- exclamó Mario.

-ya que salgan del baño nos vamos- propuso Cristián.

De repente, Cristián logra ver a la mujer cuya silueta había quitado el aliento, caminaba acomodando su cabello al tiempo que un sujeto la tomaba de la cintura, la seriedad de la mujer lo cautivaba sin poder apartar la mirada.

Isaías y Ramsés se acercan sonrientes.

-esto ya está bien aburrido, mejor vámonos para otra parte- sugirió Isaías.

-sí, ya se acabó lo bueno- agregó Mario.

Cristián frunce su ceño en señal de aburrimiento mientras los demás se dirigen a la salida. Una vez fuera, los amigos de Cristián insisten en ir a la playa, pero esta oferta es rechazada por el mismo, alegando que tiene que regresar, estaba algo tomado, su falta de confianza en Ramsés había hecho que este tome menos de lo que acostumbra, una de las pocas ocasiones en que Cristián ha controlado su forma de beber.

-¿pero porque no? andas muy odiosito ¿no crees?- reclamó el "gato".

-salí sin permiso y tengo que estar en la casa antes de que se den cuenta -respondió.

-¿para qué sales así si te van a preocupar tus "papis"?

-mejor vamos a dejarlo, no lo vayan a regañar- exclamó Ramsés dirigiéndose a su carro.

-pero... ah, yo si quiero ir a la playa- dijo Mario.

-y vamos a ir- exclamó Isaías mientras lo sujeta y lo encamina a la camioneta.

Después de llegar a su casa y despedirse de sus amigos, Cristián entra de la misma forma en la que salió, sube la barda y baja con cuidado, al estar abajo, camina lentamente e intenta subir el inmenso árbol, mas, al acomodar mal sus pies en los gruesos brazos del árbol, este cae aparatosamente quedando tendido en el suelo, ante los ojos de su perro guardián, quien solo mueve su cabeza admirado al tiempo que levanta sus orejas, Cristián observa las estrellas con sus cansados ojos durante un rato.

-podría quedarme dormido aquí- expresó sonriendo mientras parpadea con lentitud, se levanta de nuevo y logra, con gran dificultad, subir e introducirse a su cuarto, al estar en el interior, debido a la falta de luz, tropieza con un pequeño buró y torpemente tira las cosas colocadas encima del mismo.

-he hecho menos ruido cuando me termino una botella yo solo- exclamó Cristián negando con su cabeza, al llegar a su amplia y bastante acogedora cama, este se deja caer quedándose dormido casi al instante.

Cristián despierta con una incómoda resaca, un fuerte dolor de cabeza le impide ver con claridad, sus ojos enrojecidos e hinchados, apenas pueden abrirse, se levanta al baño y mira su rostro en el espejo admirándose de sus ojeras y su palidez, se sostiene con sus manos del lavabo.

-Creo que ya no lo volveré a hacer- exclama en voz baja, lava su rostro y sus dientes con una torpeza que no le importa, se quita su mojada y arrugada camisa oscura y se coloca una camiseta blanca, unos shorts cortos, unas sencillas sandalias y sale directo a la cocina. Ambos padres lo esperaban en la sala, su padre, de pie con el rostro endurecido mientras su madre se mantenía sentada con una resignada actitud. Cristián es el segundo de tres hijos, todos varones, su padre, Ismael Lombardini, es un reconocido hombre de negocios, dueño de un famoso hotel llamado "La Perla Dorada" ubicado en Costa Grande, Zihuatanejo, su gran ascenso económico aún estaba en duda. Debido al trabajo y a pequeñas diferencias personales, Cristián y su padre casi no conviven juntos, viven bajo un ambiente de tensión, distanciados mucho más de lo normal, su padre es una persona de carácter fuerte, machista y autoritario, de facciones duras, voz enronquecida e intenso mirar, si las palabras no eran

suficientes en una discusión, una sola intimidante mirada era el fin de la misma, no acepta un no por respuesta y odia la rutina del hogar, cumple sus objetivos, nunca deja nada a medio terminar, le molesta la ineptitud, la mediocridad y sobre todo, cualquier tipo de delicadeza. Cristián en cambio, es una persona sensible, de carácter frágil, fanático de las novelas románticas y la música de moda, totalmente lo opuesto, vestía con atuendos algo opacos, en los cuales resaltan los colores oscuros y fríos, sus facciones son más delicadas, su rostro es pequeño, de triste mirar y nariz respingada, delgado; en su cuarto reina el orden y la limpieza, le disgusta la suciedad, la desorganización y el ruido. Es más fácil encontrar un trébol de cuatro hojas que una cucaracha en su cuarto, en su espacio. La única persona con la que podía confiar plenamente era su madre, la más comprensible y cariñosa. Aunque había nacido en un ambiente de lujos, sin preocupaciones, ni carencias, lo que menos le importaba a Cristián era el dinero, y gracias a esto, no era una persona arrogante, Cristián sabe lo que tiene y sabe cómo utilizarlo, solo no le gusta presumirlo, no es un muchacho materialista, plástico, como suele llamarle a sus hermanos, con quienes tampoco convivía mucho, lo único en lo que se preocupa es en su apariencia, procura siempre estar presentable, usa todo tipo de cremas para la piel y acondicionadores. Al terminar de servirse un vaso de jugo, este va a la sala.

-¿a qué hora llegaste anoche?- preguntó su padre con un intenso tono, Cristián, molesto, cierra sus ojos al verlos, tenía pensado sentarse, relajarse y ver televisión.

-temprano- contestó Cristián con las cejas alzadas y una retorcida frente mientras mueve su cuello hacia los lados. -¿te pregunté a qué hora?

-no sé- contestó molesto mirando hacia el suelo -en la madrugada... Creo, no me acuerdo- se sienta en uno de los sillones y toma el control del televisor.

-hiciste mucho ruido anoche hijo, pensé que te había pasado algo, fui a tu cuarto y me sorprendió el olor a alcohol que tenías- comentó su madre, con un suave tono de su voz.

-no tomé ni tanto- contestó despectivamente al tiempo que da un sorbo al vaso, mira hacia un lado observando el reloj, en este daban las doce y media, la mañana de Cristián había empezado algo tarde, enciende el televisor sin importarle estar a mitad de un regaño y un futuro castigo.

-apaga eso- ordenó su padre. Cristián expira deshumorado, apaga el aparato y da un nuevo sorbo, saborea el líquido apretando sus labios mientras observa el vaso.

-¿a dónde fuiste?- cuestionó su padre.

-a uno de esos lugares.

-no estoy jugando niño ¿quiero saber adónde fuiste?

-fui a una fiesta, ya era tarde cuando pasaron por mí... y ustedes ya se habían dormido, por eso no les pedí permiso.

-Eso no lo justifica- interpuso su padre -tú estabas castigado.

-no me pueden encerrar, ya no soy un niño, necesito salir- reclamó Cristián alardeando con sus brazos.

-Betty nos dijo que te vio en el burdel ese, ¿es cierto?

-¿Betty?- se intrigó Cristián -¿y que hacia ella ahí?

-eso a ti no te importa, te hice una pregunta.

Cristián queda pensativo.

-ya te dije que fui a una fiesta, quería divertirme un rato como cualquiera de mi edad.

El señor Ismael sonríe entrecerrando sus ojos mientras exhala.

-a mí no me importa tu edad, te castigué por libertino, y sin embargo lo vuelves a hacer, ¿te gusta chingar? ¿Disfrutas hacerme quedar como un estúpido? ¿Eh?- Cuestionó acercándose amenazante.

-cielo- interrumpe su madre, el señor Ismael se detiene y queda en silencio.

-mira hijo- interpuso su madre -estábamos hablando yo y tu papá sobre dónde vas a estudiar, y decidimos que...

-lo mejor para ti es que estudies el último año de preparatoria fuera- interrumpió seriamente el señor Ismael. Cristián de inmediato vuelve su cabeza hacia ambos con unos ojos asombrados

-¿fuera?- replicó este.

-así es- remarcó su padre -irás a Ensenada...

-pero...- Cristián suspiró sobándose su frente algo molesto.

-mira el lado positivo hijo, es por tu bien- señaló no muy convencida su madre.

-te gusta sentirte independiente, allá vas a estar solo, vamos a ver si es cierto que eres hombre, allá no vas a estar encerrado- recalcó el señor Ismael seriamente.

Cristián, quien mantiene su mano en su frente, vuelve su mirada a su padre.

-te va a gustar Ensenada es un lugar muy bonito- interrumpió su madre con un suave tono además necesitas saber lo que es estar solo para cuando vayas a la universidad.

Cristián, decaído y con una voz lenta y minuciosa expresa.

-yo no quiero irme de aquí, allá va a pasar exactamente lo mismo.

-eso no es verdad- remarcó su padre- ...el estar solo me convirtió en lo que soy, yo estudié allá, y gracias a eso, a mi familia no le hace falta nada.

-¿a tu familia?- preguntó admirado Cristián -a mí nunca me has tomado en cuenta, siempre me comparas con mis hermanos menospreciándome y... ¿ahora resulta que quieres lo mejor para mí?

-si quieres ser tan bueno como ellos vas a tener que estudiar en Ensenada.

-iyo no quiero ir a Ensenada!

-ipues a mí me vale madre lo que quieras! te vas a Ensenada y se acabó, no estás en edad de caprichitos babosos ni de hacer lo que tú quieras, iestas bajo mi responsabilidad y vas a hacer lo que yo te diga! No te gusta obedecer, no te gustan los castigos, te crees muy maduro, muy independiente, pues vamos a ver si que tan hombre eres, vamos a ver si te sabes valer por ti mismo.

Cristián empieza a sudar y acelera su respiración.

-no es tan difícil cariño- exclamó su madre -solo tienes que socializar un poco, tu eres bueno haciendo amigos.

El rostro de Cristián reflejaba una marcada molestia, mirando hacia el suelo preguntó un tanto resignado.

-¿dónde me quedaría?

-no te preocupes por eso- contestó rápidamente su padre arreglándose la corbata, estaba a punto de salir a trabajar- ya está todo arreglado.

-¿ya?- se extrañó Cristián.

-sí, solo falta que digas que si- sonrió su madre.

-se lo que quieres hacer...- exclamó Cristián -pero que importa, me va a servir estar lejos de ti, te voy probar que soy un hombre y que no necesito a nadie, me puedo valer por mí mismo. -como sea, arregla tus cosas te vas en una semana- ordenó su padre mientras sale de la sala, Cristián agacha su cabeza negando mientras sonrío, el corto lapso de tiempo del cual disponía parecía no importarle. Rato después, se levanta dirigiéndose de nuevo a su cuarto.

-Cristián- llamó su madre. Este se detiene y acomodando las manos en su cintura -sabes que no es para mal hijo, necesitas esto, vas por mal camino.

-¿desde cuándo lo planearon?

Su madre agacha la mirada.

-desde que te vieron con ese muchachito en la playa -Cristián cierra sus ojos volteando su cabeza hacia un lado, al abrirlos, ve a su madre con un rostro de decepción -sabes bien que yo te quiero hijo, pero debes aceptar que eso no está bien, son cosas que no te benefician en nada, ese mundo no sirve de nada.

-¿qué mundo? ¿De qué hablas?

-sabes bien de lo que hablo, no necesitamos aclarar lo obvio.

-porque no mejor me dices la verdad... Los avergüenzo, me quieren lejos para no tener que dar explicaciones. -no es vergüenza, lo que...

-como sea madre, ya acepté irme, aunque sea un menor de edad y viva solo en un lugar alejado.

-tienes diecisiete años, ya no eres un niño.

-¿y si hago haya lo mismo que hago aquí? ¿No es un poco estúpido hacerme vivir solo?

-lo que pasa es...

-que haya no me verán- señaló -creo que ya no hay nada de qué hablar.

Cristián se aleja mientras su madre lo observa alejarse en medio de un melancólico suspiro. Durante el resto de la semana Cristián alista las cosas que planea llevarse consigo a Ensenada, llevaría solo lo necesario, la mayoría de su ropa, en especial la ropa de frío, accesorios personales, su computadora portátil y su reproductor de Mp3, dejaría solamente su televisión, la casa en la que se hospedaría contaba, según su madre, con todo lo necesario, amueblada, con todos los servicios y una buena ubicación, los gastos de Cristián correrían a nombre de su padre, le depositarían lo que necesitara en una cuenta bancaria, su tarjeta sería de débito, debía estar limitado, pues no iba de vacaciones, el monto mensual debería de aclararlo Cristián ya estando en Ensenada, sus padres no tenían la intención de darle más de lo necesario, debía aprender a ahorrar, a controlar y administrar su dinero. El castigo no era muy común, había compañeros suyos que deseaban salir del lugar y estudiar fuera, para Cristián, más que un castigo, era la manera perfecta de decirle a su padre que no lo necesitaba. Cristián recibe una fiesta de despedida en la playa, cerca del hotel de su padre, algo poco común en la relación de estos, aunque la idea había sido de su madre; la mayoría de los amigos de Cristián asisten a la misma excepto Ramsés.

Fue una sencilla celebración, familiares, amigos de la familia y compañeros de escuela figuraban entre los invitados, parecía más una fiesta de su madre que de Cristián; había una gran mesa bajo una gran carpa que cubría los alimentos del sol, entre los cuales resaltaban carnes y mariscos, jugos naturales, papitas y unas pocas bebidas de sidra, lo único que no había eran bebidas alcohólicas, las cuáles sus amigos habían llevado a escondidas. Cristián se mantenía algo alejado, serio y resignado, se había dado un largo chapuzón en el agua para evitar a sus familiares más cercanos, sabía que le harían incómodas preguntas. Horas después de que la mayoría de los invitados de su madre se habían retirado, Cristián se encontraba sentado alrededor de una fogata cerca de la playa con solo unos cuantos de sus amigos. -¿pero no sabes porque te quieren mandar para allá?- cuestionó Isaías mientras da un sorbo a una botella de cerveza.

-no, bueno... si, no me quiere, y quiere que me vaya para no tener que verme todos los días. -escápate, vente a mi casa- sugirió Mónica, delgada muchachita de oscuro cabello y oscuros atuendos.

-¿y para que lo quieres en tu casa?- cuestionó el "Gato".

-¿quieres que se vaya a la tuya?- reaccionó Mónica. Cristián sonríe

tomando el último trago de su botella, la cual acomoda a su lado.

-que se vaya a la chingada, mejor me voy, me va a servir.

-¿y nos vas a abandonar?- cuestionó Isaías.

-si por mi fuera me iba de mi casa, pero ¿para qué? Para que me mandé buscar, además mi mamá no se iba a quedar en paz hasta hacerme regresar, mejor sigo su juego, termino mis estudios y lo mando a la chingada, así ya no voy a tener obligaciones con ellos.

-pues te vamos a extrañar- exclamó Mónica -¿vas a regresar en vacaciones?

-espero.

-escápate en Ensenada, ni modo que te encuentre allá- añadió.

-que fácil son para ti las cosas ¿no?- expresó el "Gato"

-bueno, pues si no lo quiere su papá, para que le hace caso.

-porque no quiero trabajar todavía Mony, mejor me aguanto y sigo gastando su dinero, además pueden visitarme cuando quieran, la casa estará sola- sus compañeros sonrían junto con Cristián -vamos por mas cerveza, me voy a ir de todos modos, así que hay que celebrar más tiempo mejor, esta noche quiero disfrutarla- exclamó sonriendo a Isaías. Como en cualquier reunión entre amigos, la noche se alargó hasta el agotamiento de las bebidas

Ya habiendo finalizado la semana, muy temprano en la mañana, Cristián se encuentra en el aeropuerto sentado junto a su madre, quien es la única que lo acompaña, la mirada en este era triste y al mismo tiempo alegre, ambos en silencio, solo observan el suelo. Cristián, con una chaqueta oscura de piel, mantiene sus brazos entrelazados.

-¿fue decisión de los dos o solo del?- cuestiona rompiendo el silencio.

-¿qué cosa? Atendió su madre.

-el que estudiara en Ensenada.

-fue... de los dos, yo no quería que te fueras tan lejos, pero tu padre me dijo que solo así ibas a independizarte, y te convertirías en un hombre, un hombre de provecho.

-¿y no soy un hombre de provecho ahora?

-eso no es lo que quiso decir.

-¿y qué quiso decir? ¿Qué piensas tú?

-pues, que... El que estén separados va a hacerles bien, ya verás, se van a extrañar y cuando regreses te va a tratar diferente.

-¿y qué tal si no regreso?- cuestionó Cristián.

-no digas eso hijo, no te estamos haciendo daño, sabes bien que no, con el tiempo vas a comprender.

En eso se deja escuchar el llamado para su vuelo, Cristián observa a su madre sonriendo.

-bueno, ya me tengo que ir- expresó, su madre tenía unos ojos vidriosos, difícilmente podía mantener su cabeza erguida mas no disimulaba su tristeza -no te pongas así- expresó Cristián al tiempo que se levantan, esta lo abraza sollozando -solo dale las gracias al viejo.

-él no lo hace por hacerte mal, solo no sabe acercarse a ti.

-bueno, como sea, ya me tengo que ir- exclamó levantando una gran maleta y acomodando su mochila.

-¿tienes la dirección verdad?- cuestionó su madre mientras intentaba arreglar el cabello de este, acción que hace lo sonreír.

-la tengo en la billetera.

-me dijo tu padre que la casa está en un buen lugar y que los que se la vendieron la cuidaban mucho, te va a gustar.

-viniendo de él, me conformo con que tenga techo... o.k. Madre, adiós- se despide dándole un beso en la mejilla, esta observa amargamente como paso a paso, su hijo se aleja.

-adiós hijo- dijo en sus adentros, se reacomoda el bolso y sale del lugar sin siquiera levantar la mirada.

## Capítulo 2

### III

Ensenada es una ciudad grande y tranquila, el lugar perfecto para crecer con oportunidades a tu alrededor, tiene un clima húmedo, las constantes lluvias que azotan la ciudad le dan un toque de frescura y un olor a vida, la violencia escasea en la región; aunque en las noticias solamente se abordan sucesos tales como el narcotráfico y la corrupción, Ensenada es un lugar mágico, apacible y muy amistoso.

El viaje de Cristián era un poco largo, debía llegar en avión a Tijuana y de ahí tomar un autobús a Ensenada, aunque no sabía con exactitud el lugar exacto en el que se iba a hospedar, la dirección que su madre había anotado en un papel lo hacía sentirse seguro, sentimientos encontrados albergaban su cabeza, estaba contento porque iba a estar alejado de los castigos absurdos de su padre, tenía derecho a hacer lo que quisiera, cuando quisiera y como quisiera, y todo eso, gracias a su mismo padre, tendría autorización para poder llegar a la hora que deseara, podría hacerse vicioso y nadie lo notaría, las calificaciones eran lo que menos lo preocupaba, era una persona inteligente y muy ordenada, cualquier problema lo resolvía con una facilidad envidiable, le gustaba sentirse independiente y esta era la oportunidad de probarlo. Pero había algo que desagradaba a Cristián, estaría, más que independiente, solo, sus amigos estarían alejados y no lo podrían visitar con regularidad, además, el que su padre le haya otorgado tal situación lo intrigaba, había pagado la casa en la que se quedaría, no rentada, ni prestada, vendida, ¿por quién? ¿Cuándo? ¿Cómo? Su padre había gastado tiempo en prepararlo todo, el papeleo del cambio de escuela, la localización de la casa, gastos y demás, Cristián se extrañó de sí mismo al recordar que había aceptado con tal rapidez.

“¿y si no hubiera aceptado? ¿Qué sería de la casa?” pensaba Cristián, pero analizaba todo pensando que él no es el único en la familia, la casa le serviría a todos, y que tal si quisieran pasar vacaciones juntas, a su padre le gustaba Ensenada, tener una casa facilitaba el hospedaje en vacaciones, aunque eran contadas las ocasiones en que viajaban juntos como familia. Al bajar del avión y salir del caos que representa una llegada al aeropuerto, sobre todo en un lugar como Tijuana, este se dirige a un taxi aparcado cerca el cuál lo lleva a la estación de autobuses.

-¿no hubiera sido más fácil estudiar en Tijuana?- exclamó Cristián por el odioso viaje que debía hacer. En el camino saca de su mochila su reproductor de música, se acomoda en un asiento cercano a la ventana, este observa el camino, las casas cercanas a la carretera pero alejadas de la ciudad, intentaba imaginar la vida de sus ocupantes ¿será monótona?

¿Rutinaria? ¿O simplemente sencilla?

“es un lugar para una vida sin más futuro que la muerte” se dijo fríamente en sus adentros reacomodándose en su asiento, aunque no era una persona materialista, Cristián no sabía vivir sin los lujos del dinero.

Habiendo llegado a Ensenada, este se dirige de nuevo hacia unas taxis cercanas. Saca de su cartera el papel con la dirección y se lo estira a un taxista que se encontraba limpiando el parabrisas de su unidad con un trapo rojo.

-¿si me puede llevar aquí?- cuestionó reacomodándose la mochila para tomar de nuevo su gran maleta. El taxista toma el papel y hace su cabeza hacia atrás frunciendo el ceño, era un sujeto de edad avanzada, su vista ya no era la misma, asiente lentamente con su cabeza y vuelve su mirada hacia Cristián.

-seguro muchacho, súbete- Accede el taxista entregándole de nuevo el papel, abre la puerta saca las llaves y guarda el trapo debajo del asiento delantero, lugar en el cuál, también escondía un revolver viejo y oscuro, abre el maletero y ayuda a Cristián a subir su equipaje. -¿Qué traes aquí muchacho? Un muerto. Exclamó el taxista cuando levanta la maleta. Cristián sonríe y se acomoda en el asiento trasero. El taxista enciende el auto y se alejan del aeropuerto, el corazón de Cristián estaba palpitando con rapidez, tenía la mala costumbre de comerse sus uñas al estar nervioso.

“nunca se sabe dónde va a estar uno” pensó Cristián dando un suspiro, observa la ciudad nutriéndose de todo lo que puede, las modas, el tipo de gente, los locales y demás, era un muchacho que pocas veces había estado solo en un lugar, un empleado de la familia lo llevaba a todos lados, a la casa de sus amigos, a la escuela, a las fiestas familiares, esta era la oportunidad para demostrar que nada de eso le hacía falta.

Minutos después, llega a la dirección indicada por sus padres, se baja del taxi mientras el taxista baja su equipaje.

-¿Cuánto es?-cuestiona Cristián sacando su cartera de piel.

-ochenta y cinco pesos. Un trago amargo recorre la garganta de Cristián, aunque eran pocas las veces en las que se había subido a un taxi, sabía bien que el precio estaba algo alterado.

-¿Por qué tan caro?- cuestiona deteniendo su búsqueda de dinero.

-ese es el precio oficial- responde el taxista quien lo observa refugiado

detrás de sus recién limpiados lentes de sol.

-pensé que aquí era más barato- indagó al momento en que le extiende la mano con la cantidad exacta.

-ya ves que no- agregó el taxista.

Con su maleta en el suelo, después de que el taxista se aleja, este echa un vistazo al barrio a su alrededor, la expresión en su rostro es simplemente de conformidad, la casa era algo amplia, de dos niveles y con cochera.

“creo que tenía razón- pensó Cristián -esta casa no es nada más para mí”.

La casa estaba cercada por una malla de acero viejo y oxidado, con ramas secas enredadas, el patio tenía una que otra planta rogando ser atendida, había pedazos de tabla amontonados por doquier, láminas y viejos muebles rotos y carcomidos, un nido perfecto para asquerosos insectos pensó Cristián, quien observaba los desechos con desagrado. Después de admirarla, abre la puerta de la malla, la cual estaba cerrada con un oxidado candado de acero más o menos igual de fuerte que cuando nuevo, la llave estaba igual de oxidada, Cristián no vaciló en encontrarla entre las llaves que le dio su madre al momento de empacar, entra dejando la puerta de malla abierta, llega hasta la puerta de la casa y la abre, entra dejando las maletas en el suelo y observa el interior con un notable desanimo.

- ¿Por qué tan poco? – se lamentó. La casa estaba muy descuidada, resaltaban las manchas en la pared, la humedad había acabado con la pintura, se podía barrer el polvo en los muebles, los cuales no estaban en muy buenas condiciones, una que otra cucaracha en el piso y un extraño olor parecido al de un cementerio recién mojado por la lluvia le dan la bienvenida, no era precisamente un buen lugar para motivar a un estudiante. Había una sala empolvada de sillones oscuros, una mesita en el centro con una viejo mantel bordado, no había televisión, solo un estante con viejos libros ya comidos por los insectos, la cocina estaba cerca de la sala, una barra de madera era lo único que los separaba, no había comedor ni sillas, ni siquiera banquitos para sentarse a comer sobre la barra, la casa se veía opaca, las cortinas descoloridas no dejaban entrar mucha luz, la cocina tenía un refrigerador con una puerta algo caída, un zinc y una alacena sin trastos -Gracias padre mío- expresó Cristián con un sarcástico tono, pensaba que el castigo era limpiarla por completo para que cuando la llegaran a usar ellos, la casa estuviera impecable, su limpia organización y su higiene personal eran su rasgo característico. Al lado derecho de la cocina estaba un cuarto y enfrente del mismo un pasillo, en medio de dos cuartos, estaba al lado de los escalones y conducía a un tercer cuarto, un baño posiblemente, lugar que Cristián pensó debería

limpiar primero, había una puerta en cada pared del pasillo y estas conducían a las recámaras, ambas vacías y frías, sin más que manchas y suciedad, Cristián cierra ambas puertas limpiándose las manos en sus pantalones con un retorcido rostro. Sube a la recámara del segundo nivel, los escalones crujían en cada paso, los cuáles subían doblaban a la derecha y subían de nuevo del lado contrario, arriba había dos cuartos, uno quedaba justo frente al último de los escalones, abre la puerta del mismo y se asombra al ver que este estaba amueblado, había una cama con sábanas nuevas, un amplio guardarropa, un par de buroes, con lámparas encima, y un tocadore, este cuarto tenía un baño al lado, el cual estaba en las mismas condiciones que el resto de la casa. De inmediato, Cristián acomoda sus cosas para salir de inmediato a ir a comprar artículos de limpieza, el baño lo único que contiene es un periódico viejo y docenas de insectos tanto muertos como vivos. Se da cuenta que hay mucho por hacer, su primer día de clases empezaba al día siguiente, así que era primordial acomodar para sentirse cómodo y empezar bien, ahora entendía la precipitación de su padre, el porque lo había mandado lejos sin conocer a nadie, una ciudad que desconocía y una casa en malas condiciones.

“mi padre quiere que le agradezca lo que me ha dado, me tiene viviendo bajo los lujos que me da, vivo sin preocupaciones ni responsabilidades, es hora que aprenda a respetarlo y a ser agradecido” pensaba Cristián.

-ojalá te mueras lentamente viejo -exclamó, deja su maletas y su mochila aun sin desempacar y baja caminando con más confianza, se para al término de las escaleras y saca su llamativo y moderno teléfono celular, busca en su agenda el número de su madre y marca esperando el tono.

-Hijo- saludó su madre al otro lado -¿cómo estás?

-hola Má, te hablo para avisarte que ya llegué a la casa.

-qué bueno cielo, ¿y cómo está? ¿Todo bien?

-sí, todo bien, excepto la casa- sonrió.

-¿por qué que tiene?

-está muy sucia, y vieja- se quejó llevando su mano izquierda a su cintura -pensé que era una casa nueva- se deja escuchar una leve risa al otro lado de la bocina.

-la verdad yo no sé nada de la casa hijo, tu padre fue el que arregló todo por allá... Pero, imagino que está en buenas condiciones ¿no?

-si... Bueno, está vieja pero.

-eso es parte de vivir solo hijo, tienes que limpiar tu espacio, no es difícil.

-sí, lo sé... Ni modo, que remedio, tendré que limpiar- señaló admirando alrededor -¿oye Má?

-si.

-¿qué pasaría si quiero regresarme? Si en realidad no quiero estudiar aquí.

Una larga pausa.

-pues... Lo que tú quieras hija, pero no deberías darle ese gusto a tu padre, sabes cómo es, si quieres ganártelo demuéstrole que si puedes.

Cristián retorció sus labios.

-está bien, bueno... Te dejo, no quiero que se me acabe el saldo del celular.

-bueno hijo, adiós, me hablas si necesitas algo.

-o.k... Bye.

Al terminar la llamada, este manda un mensaje de texto en forma simultánea a sus amigos.

"ya llegué, la casa está horrible, ojalá que puedan venir el fin de semana porque ya quiero fiesta, adiós y pórtense bien"

Guarda el aparato en su bolsillo y coloca sus manos en su cintura observando, había mucho que comprar, eran poco más de las tres de la tarde, tenía tiempo sobrado para limpiar y acomodar.

Sale cerrando la puerta con doble llave, cerciorándose que esta abra de nuevo y no se atore, pasa el patio y cierra de igual forma la cerca, ya afuera, este se detiene un momento en la calle para decidir qué dirección tomar. Cerca de su casa, a menos de tres cuadras, había una tienda de abarrotes, no muy surtida, "luna" era el nombre de la misma, este llega a la misma y busca lo básico, sabía que no podría comprar mucho, al día siguiente debía investigar donde había una tienda grande y muy surtida. Tarda unos minutos en regresar de la misma, en ambas manos cargaba

bolsas repletas de artículos domésticos y víveres, abre la cerca dejándola entreabierta por si tiene que volver a salir, entra, deja las bolsas en el suelo y cierra la puerta con seguro, las toma de nuevo y las lleva a la barrita, la alacena estaba bastante sucia, así que la limpia quitando las telarañas en su interior, esta era de madera barnizada, tenía ciertas manchas de humedad a los lados, algunas partes estaban ya carcomidas por las polillas, limpia las ventanas del mismo con un par de trapos a los cuales rocía un producto especial para vidrios, después de haberla limpiado cuidadosamente, acomoda su despensa: latas de atún en agua, de chícharos, de elotes, de champiñones, aceitunas negras y demás, un par de barras de pan integral, un bote de salsa de soya y un bote de aceite para cocinar bajo en calorías. En eso, una melodía se deja escuchar, había recibido un mensaje de texto. Este saca su celular.

“Excelente, a ver si podemos ir este fin... Digo si no es mucho encaje, a ver si te podemos ayudar a arreglar tu pocilga o mejor dicho, La Futura Jaula, jeje.

Bye y pórtate mal... Punk4ever”

El número era de Isaías, Cristián sonríe al leerlo y guarda de nuevo su celular en su bolsillo. El refrigerador era grande, y espacioso, Cristián tenía miedo de abrirlo y encontrarse un mundo de insectos dispuestos a comérselo vivo, primeramente lo limpia por afuera y lo conecta, tapa su nariz y abre la puerta quedándose a un lado, nada sale de su interior, lo que da confianza, se acerca aún con su mano en la nariz admirándose de que este estaba limpio, unas cuantas manchas a los lados y nada más, quita su mano de su nariz y se acerca para ser golpeado con un fuerte hedor caliente a comida vieja, el viejo enfriador llevaba bastante tiempo cerrado, Cristián se levanta maldiciendo el tufo y sale de su casa por la puerta trasera, la cual estaba en la cocina, escupe e intenta vomitar, levanta la mirada aun con un rostro retorcido mientras limpia la saliva de su rostro, el patio era grande, lleno de hierbas, era una tierra mal cuidada, cerca de la casa había herramientas recargadas en la pared: rastrillos, escobas, azadones y machetes, cerca de estos había un pequeño techo para proteger una vieja lavadora de las constantes lluvias, Cristián se acerca y toma una escoba de puntas retorcidas y regresa al interior. Al estar de nuevo dentro, mira detalladamente la casa con las manos en su cintura y un decaído rostro, deja la escoba recargada a la pared, toma un par de trapos nuevos para limpiar el refrigerador. Una vez limpio, dentro del mismo coloca un galón de leche descremada, yogurt natural, dos paquetes de jamones de pavo, un kilo de tomates, aguacates, un par de cebollas, una lechuga romana, un paquete de zanahorias bebés, apio, cilantro, una canastilla de fresas, pepinos, duraznos, manzanas, naranjas y plátanos, todo lo guardaría en el interior por temor a ser asaltado por los bichos, en la canasta básica de Cristián no entraban

frijoles, huevos ni tortillas.

Al terminar de limpiar la cocina, la cual queda con un suave olor a lavanda y un piso barrido y trapeado, este camina hacia el pasillo, observa la puerta al final del mismo, se acerca y la abre, se sorprende al ver nada más que oscuridad y unos escalones que se perdían hacia abajo, introduce una mano buscando el interruptor hasta encontrarlo, intenta encender la luz, mas el viejo foco llevaba bastante rato fundido, intenta bajar con cuidado, pero está demasiado oscuro, se siente intimidado y sale rápidamente cerrando la puerta detrás suyo. Rato después, limpiaba las manchas del piso cuando escucha que alguien toca la puerta, este se extraña ya que es nuevo en el lugar y no conoce a nadie. Limpia el jabón de sus manos, y se encamina a la puerta abriéndola lentamente, se asoma con algo de inseguridad.

-hola- expresó una linda jovencita de notables curvas, quien portaba un pantalón de mezclilla bastante ajustado y una camiseta blanca igualmente ajustada -te vi llegar y quise pasar a saludarte, mi nombre es Dolores y vivo en la casa de enfrente- concluyó extendiendo su mano,.

-ah, mucho gusto, yo me llamo Cristián. Sale para contestar el saludo calculando mentalmente su edad.

"por su actitud se ve de diecisiete o dieciséis, pero su cuerpo... Su cuerpo está muy bien" -mucho gusto Cristián, ¿no me invitas a pasar?

-ah, yo...- se extrañó este -estoy limpiando, hay un desorden dentro.

-no importa- contestó la amigable joven, Cristián la mira admirado, desconfiando este cuestiona -perdona, pero ¿acaso te conozco?

-no, nada quería conocer a mi nuevo vecino.

-bueno, pues bien por ti, ahora, si me disculpas, tengo algunas cosas que hacer- señaló este adentrándose a la casa.

-si quieres te puedo ayudar- Cristián se detuvo. -¿ayudar a que?- cuestionó este un poco malhumorado -no lo sé, en lo que necesites ayuda.

-no necesito ayuda- respondió.

-no es sano estar solo- comentó Dolores.

Cristián sonríe un poco, algo intimidado, este se recarga en el marco de la puerta.

-¿de verdad me quieres ayudar?

-sí- contestó rápidamente.

-¿por qué?

-ya te dije, soy muy amigable... ándale, no seas sangrón y déjame pasar.

-no puedo dejarte pasar solo porque sí.

-me tienes miedo ¿o qué? No te voy a morder.

Cristián queda en silencio ante el comentario, este admira el escote de Dolores.

-no deberías ser tan confiada.

-¿por qué no? No eres peligroso ¿o sí?

-no, pero...

-ya ves, anda, por favor, me estoy muriendo de aburrimiento, y tú eres la primer persona que veo en pie por aquí. -¿qué no tienes amigas?

-sí, y muchas, pero viven muy lejos- contestó Dolores juntando sus manos en la espalda mientras se meneaba de un lado hacia otro, Cristián soba su barbilla mientras considera el dejar pasar a su casa a una extraña -en fin, si no quieres mi ayuda, pues...- expresó, se da la vuelta para regresar a su casa.

-no, no espérate.

-ah verdad.

-mira, lo que pasa es que, la verdad ahí adentro está muy sucio, es mucho trabajo, pero si me caería bien la ayuda.

-no importa, es domingo y no tengo nada que hacer.

-está bien, si eso es lo que quieres, entonces pasa.

Cristián hace pasar a Dolores al interior de su casa algo inseguro, este, al entrar Dolores, cierra la puerta.

-vaya, sí que está sucio por aquí.

-te lo dije.

-no importa- Dolores rápidamente toma un trapo y sin siquiera preguntar, empieza a limpiar los muebles.

-si quieres yo...- dijo Cristián algo avergonzado.

-no importa, te dije que te iba a ayudar, no me voy a romper las uñas- expresó alzando su mano al tiempo que mueve sus dedos, ninguna de sus uñas estaban pintadas. Este mira a Dolores sonriendo algo intimidado

-ese es un bonito anillo- expresó Cristián admirando un dorado anillo con una pequeña piedra roja que Dolores cargaba en su dedo índice.

-gracias, me la regaló un ex-novio, bastante imbécil por cierto.

-pues fue un buen regalo, mi madre tiene un anillo como ese- expresó, este continua limpiando el piso. Cristián vuelve su cabeza hacia Dolores extrañado -así que... Dolores, ¿vives enfrente?

-si- contestó esta mientras limpiaba con cuidado el estante.

-y no le molesta a tu mamá que te metas a la casa de un vecino que no conoces.

-no creo que le importe nada a mi madre.

Cristián se intriga, pensaba que seguramente la muchachita que le ayudaba acababa de tener una discusión con su madre y había ido a su solamente para alejarse de ella o molestarla.

-¿Por qué no?

Dolores toma un par de libros del estante y se los muestra a Cristián.

-¿vas a necesitar esto?- cuestionó retorciendo su cara con asco.

-no, no creo, no sirven ni para prender la estufa.

-¿Dónde los pongo?

-déjalos ahí por mientras, al rato los tiro- esta los deja sobre la mesita de las ala -¿por qué dices que no le importa nada a tu mamá?

Dolores vuelve su cabeza hacia Cristián.

-no quiero hablar de mi madre.

Esta toma una vieja radio y sintoniza una estación de música popular. Ambos disfrutaron conviviendo aun sin conocerse mientras limpiaban y acomodaban la casa, contándose chistes y haciendo bromas sobre lo sucio que estaba el lugar, divirtiéndose tanto que no se dan cuenta del momento en que les cae la noche.

Cristián acomoda los artículos de limpieza usados en el baño mientras Dolores limpia el sudor de su frente con su mano al tiempo que se recuesta en el piso, Cristián regresa y se sienta a un lado de ella mirándola con una tímida sonrisa en su rostro.

-¿qué?- cuestionó Dolores acomodando su brazo para sostener su cabeza.

-nada, solo que, acabo de llegar, y... Se me hace raro que sin conocerme me hayas querido ayudar.

-ya te dije que así soy yo.

-sí, pero... No es muy normal.

-¿y quién quiere ser normal?- señaló observándolo -¿de dónde eres?

-soy de Zihuatanejo, me vine a... bueno, casi me obligaron a venirme a estudiar para acá.

-¿y eso?

-mi papá estudió aquí y quiere que yo haga lo mismo.

-perdóname pero, que flojera tener un papá así.

-es lo peor, pero mejor estar lejos de él, así ya no voy a tener que soportarlo, aunque a veces siento que no me quiere y que en realidad quiere deshacerse de mí.

-tienes razón- interpuso Dolores, Cristián levanta su mirada -aquí ya no vas a tener que soportarlo... Oye, ¿salías mucho en Zihuatanejo?

-a veces.

-¿dejaste alguna novia?- sonrió Dolores. Cristián sonríe sin ganas.

-no, no soy muy popular, soy muy tímido creo, tengo muy poca historia entre con mujeres. -uuuh, que lástima, porque a mí me gustan aventados, que no sientan vergüenza en nada- este queda pensativo al tiempo que

limpia sus uñas.

-¿qué hay de ti?- cuestionó Cristián.

-¿qué quieres saber?

-no se, cuéntame lo que quieras.

-bueno, pues, soy de Monterrey, regia de corazón, me vine a estudiar a Ensenada hace dos años, solo que a mí no me obligaron, soy independiente desde los catorce, me gusta salir, comprarme muchas cosas, hacer nuevos amigos, y ya.

-¿eres independiente desde los catorce años?- cuestionó con extrañeza.

-así es.

-¿por qué?

-porque sí, me enfadé de mi familia, bueno, en realidad, ellos se enfadaron de mí, así que decidí tomar mis cosas y dejarlos para siempre.

-¿entonces vives sola?

-más o menos, le rento la casa a un amigo desde hace cuatro años.

-¿y tu familia no sabe que vives aquí?

-no, de todos modos si supieran no me buscarían, que más da- señaló está recostándose sobre su estómago, Cristián observa la curva de su trasero regresando la mirada de inmediato.

-pues ya somos dos estudiantes solitarios- este agacha la mirada -y... ¿tienes novio?- cuestionó con nerviosismo.

-¿por qué lo preguntas? Eh pícaro- sonrió Dolores.

-no, por nada, tú me preguntaste lo mismo.

-y dices que eres tímido con las mujeres, creo que más bien tú eres de los de uñas escondidas.

-¿qué es eso?

-que son tímidos un rato, pero que ya que entran en confianza, arrasan con todo.

-no creo ser así.

-te puedo apostar que eres muy diferente con tus amigos a como dices ser.

-bueno, pero con los amigos es diferente.

-eso dicen todos- Dolores mira su reloj verificando la hora -madre santa, mira qué hora es, ya me tengo que ir- dijo levantándose rápidamente.

-¿ya?

-sí, es muy tarde.

-que no vives sola.

-sí, pero tengo que hacer una tarea.

-¿quieres que te ayude?- propuso Cristián al tiempo que se levantaba.

-no creo que le entiendas- Dolores se levanta.

-deja te acompaño a tu casa- sugirió, sale dejando la puerta abierta. Después de cruzar la calle, al llegar, esta se voltea para despedirse.

-me la pasé bien, me gustó haberte ayudado.

-yo también, si quieres ir mañana a mi casa para platicar mas, o si quieres yo vengo.

-mejor yo voy.

Dolores sonríe acercándose a Cristián para darle un beso de despedida, solo que esta al tenerlo cerca, se voltea intencionalmente besando su boca.

-Oh, perdón, no fue mi intención- se disculpó rápidamente Cristián -no importa, buenas noches Cristián, hasta mañana.

-hasta mañana- se despidió algo confundido, Dolores entra y cierra su casa, segundos después, este se da vuelta y regresa sonriendo mientras acaricia sus labios. Entra de nuevo cerrando la puerta detrás suyo sin antes observar la casa de su coqueta vecina entre las envejecidas cortinas de su casa, sube hasta su cuarto no sin antes anticipar el cuarto al lado de este, el pasillo que llevaba a el mismo no tenía iluminación, lo que dificultaba la vista, este camina hacia el mismo e intenta abrir la puerta, esta estaba cerrada con llave, intrigado, este queda unos segundos observando la puerta, levanta sus cejas y se regresa al cuarto principal

para dormir, Cristián solía dormir sin cenar, costumbre que le llevó bastante tiempo dominar.

## Capítulo 3

### IV

Cristián despierta muy temprano, su primera noche había sido bastante pacífica y cómoda. Abre sus ojos observando el envejecido techo de su alcoba, le costaba aceptar que este era, aunque pasajero, su nuevo estilo de vida. Con las cejas levantadas y el cabello desaliñado, estira los músculos de su delgado cuerpo, se pone en pie y se introduce al baño, el cuál distaba mucho de lo que acostumbraba, estaba limpio superficialmente, pero tenía manchas envejecidas de moho y óxido, Cristián limpia uno de sus ojos exhalando con resignación, abre la regadera y espera el agua. Aunque por voluntad propia se había acostumbrado a bañarse con agua fría, pensando que esto haría que su piel se conservara mejor, el hecho de no tener otra opción más que una ducha helada directa de la tubería lo incomodaba.

Después de alistarse y salir de su casa, el frío matutino lo hizo regresar por un suéter, no estaba acostumbrado a una mañana tan fría y nublada, y su uniforme escolar abrigaba muy poco; en su ambiente natal estas ocasiones eran especiales, recordaba las ansias con las que esperaba la llegada del invierno para poder presumir su nueva ropa abrigadora. Toma el primer suéter que encuentra, era el más delgado pero cumplía su función, de color negro, con gorro blanco y unas diminutas líneas rojas; sale de nuevo caminando presuroso. Unas cuantas calles adelante, encuentra la parada de camiones.

“¿pero cuál tomo para llegar a la escuela”- pensó. No tenía mucho tiempo para aventurarse a tomar un camión equivocado, así que tomó de nuevo un taxi.

Al llegar a la dirección indicada, baja del taxi de inmediato, no había nadie en la entrada más la puerta estaba abierta, sabía bien que había llegado con retraso, camina con rapidez, debía buscar primeramente la oficina del director, tenía que entregarle unos documentos enviados por su padre en un sellado sobre manila. Al entrar a la institución, este siente un leve malestar estomacal, sus nervios estaban a tope, no era una persona tímida, mas le incomodaba llamar la atención. Cerca de una de las jardineras al lado de lo que parecía ser una plaza, donde seguramente se celebran los eventos especiales, había un hombre de edad avanzada, su cabello era en su mayoría cano, sus ojos estaban entrecerrados como si le costara mantenerlos abiertos, este se limpiaba el sudor con un pañuelo rojo.

“como puede sudar con tanto frío” pensó Cristian mientras se acercaba.

-disculpe- llamó este, el hombre rociaba las plantas con delicadeza. Tardó un par de segundos en atender.

-¿sí?

-¿me podría decir donde está la dirección?

-claro- respondió humedeciendo sus labios -¿ves ese edificio que está ahí? - preguntó tomando a Cristián del hombro, este asintió -ahí es control escolar, ahí te pueden decir- finalizó volviendo a su trabajo, Cristián sonrío alzando ambas cejas, control escolar era el primer edificio y se podía ver desde la entrada, el sujeto vuelve a su trabajo ignorándolo.

“viejo amargo” pensó mientras se acercaba al edificio. Una mujer de cara redonda y gruesos lentes graduados era quien atendía, había una reja que cubría la ventanilla que dejaba escapar un poco del aire acondicionado.

-buenos días- saludó este, la mujer, que se encontraba acomodando diversos papeles, subió la mirada hacia el mismo con una fingida amabilidad.

-¿sí? ¿En qué te puedo ayudar?

-¿dónde está la oficina del director?

-en el edificio grande de acá atrás- respondió la mujer señalando con su pulgar al tiempo que baja la mirada para continuar su organización.

-gracias- exclamó sin respuesta Cristián.

“no vuelvo a preguntarle nada a nadie”

Al llegar a tal edificio, este se introduce en la primera oficina que ve, la cual era atendida por una hermosa recepcionista con una jovial y amable actitud.

-¿buscas al director?- cuestionó al verlo parado y desubicado en la puerta.

-¿esta es su oficina? Es que acabo de llegar... Soy nuevo y tengo que entregarle unos papeles.

La recepcionista se levantó amablemente y se dirigió hacia la puerta de al lado, está la abre comunicando al director de su llegada, se dejan escuchar un par de balbuceos, la amable recepcionista hace un gesto con su mano para que Cristián se introduzca a la oficina.

-gracias- dijo este, la recepcionista sonrió mientras se sentaba de nuevo. Al entrar cierra la puerta, el director se mantenía de pie.

-hola- saludó este alargando su mano. Cristián lo saluda de igual forma - toma asiento.

El nombre del director de la institución era Oscar Samaniego, un hombre bajito de mostacho delgado y poco poblado, tenía una prominente calvicie que no intentaba ocultar, su ropa era anticuada pero muy elegante; su oficina era un lugar rústico, lleno de libros y papeles, tenía un ordenador de pantalla plana, algo raro en una persona que está perdiendo el cabello y parecía vivir solo entre libros; había un águila esculpida en madera usada como pisapapeles, los diferentes artículos de oficina tenían una limpieza que hasta al mismo Cristián sorprendían, al pasar con discreción su mirada acreedor de la oficina, llama su atención el torso de un maniquí de anatomía el cual tenía todos sus componentes, se veía fuera de lugar, a pesar de ser la oficina de un director de preparatoria. El Señor Samaniego acomoda los papeles en su amplio y limpio escritorio.

-así que tú eres Cristián ¿eh?- señaló entrelazando sus dedos encima de los papeles.

-sí, vengo tarde porque acabo de llegar y no conozco la ciudad.

-no te preocupes- dijo sonriendo con sus blanquecidos dientes -se ve que eres muy sano.

Cristián se extrañó.

-lo soy.

-qué bueno, nos gusta tener alumnos sanos y muy estudiosos, nada de vicios, por qué no eres vicioso ¿verdad?

-no señor, no me gusta nada que me altere mi cuerpo ni mi mente- Cristián sintió un leve malestar en su estómago.

-tu padre parecía muy interesado en que estudiaras aquí, y con gusto te recibimos, siempre y cuando te empeñes y seas una persona que valga la pena, en muy pocas ocasiones hacemos cambios tan repentinos y aceptamos a un alumno nuevo cuando las clases ya han empezado, pero tu padre estudió aquí y se dé buena fuente que fue uno de los alumnos más brillantes, así que no hay problema.

-que bien- añadió Cristián frunciendo levemente el ceños, su cambio no había sido tan repentino, según su padre desde hacía tiempo se habían

arreglado, lo repentino era solamente el que Cristián haya aceptado.

-bueno, no te quito mas tu tiempo, mejor vamos a la que será tu aula, las clases ya han empezado.

-no necesito firmar nada o que me firmen algo.

-no, no- respondió con rapidez el director -tus papeles ya están arreglados, esta es solamente información extra que necesitaba- señaló levantando el sobre.

-¿qué información?

-pues...- el director vaciló un poco en responder -tus notas, como ha sido tu evolución educativo y demás.

El mismo director lo escolta hacia su nuevo salón para presentarlo a sus compañeros. Caminan por un largo pasillo, hasta llegar un aula resguardada por una puerta roja, la cual tenía un letrero que decía con letras negras "Matemáticas B" el director Samaniego toca abriendo después la puerta interrumpiendo la clase del profesor Ramírez.

-profesor, si me disculpa un momento- llamó el director desde la puerta.

-si como no- atendió este dejando sus plumones en el borde del pizarrón. El director hace pasar a Cristián quien deja notar en su rostro algo de incomodidad pues es observado por los alumnos.

-él es Cristián, es un nuevo alumno.

-que bien- exclamó el profesor Ramírez con indiferencia.

-bueno, con permiso- se despidió el director de la clase cerrando la puerta.

"una insípida despedida para una bienvenida tan amable" pensó Cristián.

-la clase ya tiene tiempo de haber empezado- exclamó el profesor Ramírez un poco molesto observando su elegante reloj.

-se me hizo tarde.

-no me digas- expresó -¿cómo te llamas? y ¿de dónde eres?- cuestionó en voz, acción que no agradó mucho al nuevo alumno.

-ah, mi nombre es Cristián...- respondió -y soy de Zihuatanejo.

-excelente, un costeño- exclamó en voz baja uno de los alumnos más extrovertidos de la clase, con una arrogante actitud.

-¿tienes algo que compartir con nosotros Diego?- cuestionó el profesor Ramírez entrecruzando sus brazos.

-no- contestó sonriendo cínicamente mientras hacía garabatos en su libreta.

-¿de qué costa de Zihuatanejo eres Cristián?

-de la Costa Grande.

-¿Costa Grande? he estado ahí, es un bonito lugar, tierra de mujeres- sonrió el profesor Ramírez, Cristián solo asentía con la cabeza -bueno Cristián de Costa Grande, el horario de llegada es a las siete en punto, yo solo dejo un margen de cinco minutos, pasados esos cinco minutos nadie entra, ¿está bien?- indicó.

-está bien, no volverá a pasar- contestó un poco intimidado, el profesor le pide su nombre completo para integrarlo a la lista de sus nuevos compañeros y sugiere que pida en control escolar su horario de clases. - bueno Cristián, te puedes sentar.

Al dirigirse a su banco esta pasa cerca de Diego, quien lo observa fijamente con una arrogante actitud, Cristián lo ignora y se acomoda en su banco sacando de inmediato un cuaderno de un intenso color morado. No había mucha diferencia entre sus nuevos compañeros y los anteriores, estaban todos los clichés que un salón de clase requiere, los cuales podía apreciar a simple vista, aunque no le gustaba ser prejuicioso, sabía que algunas cosas no se pueden evitar.

“¿en qué grupo encajaré yo?” Se cuestionó observando alrededor. Unas horas más tarde, se encontraba solitario leyendo un libro sobre cuentos de suspenso mientras tomaba un jugo, tenía intenciones de socializar pero sentía que le faltaba confianza, además que le importaba poco conocer gente el primer día. Al dar el último sorbo a su bebida este lanza la botella hacia un contenedor de basura, al hacerlo, se da cuenta de que es observado por un par de muchachitas que sonreían entre si y murmuraban, reconoce a una de ellas, pero indiferente, este continua su lectura.

Al término del primer día de clases, este sale de la escuela solo, no había hecho amigos, sabía bien que debía, pero se sentía raro, solamente observa los rostros de sus compañeros de clase, los cuales eran los únicos rostros que conocía, sale de la institución en busca de un cajero automático, camina un par de calles sin alejarse demasiado de la escuela, que era su único punto de ubicación, hasta encontrar un local comercial al

lado de una cafetería, en el cual había un cajero automático, se introduce aun portando su pequeño suéter, en el interior había algunos alumnos de la escuela, sin levantar la mirada solo se concentra en verificar su cuenta. "¿Qué?" exclamó en sus adentros al ver la cantidad de dinero en su cuenta "¿cinco mil pesos? ...ojalá y sean cinco mil a la quincena porque esto no me va a durar mucho" la cuenta bancaria de este y sus hermanos era controlada estrictamente por sus padres, tanto su número de cuenta, como sus ahorros y sus números confidenciales. Saca todo el efectivo, lo guarda en su cartera y sale ante la obvia e incómoda mirada de los alumnos, sigue el camino tomando de nueva cuenta un taxi. Llega a su casa algo desganado, su nuevo estilo de vida no le agradaba en lo absoluto, camina lento hacia la entrada y abre la puerta de la cerca quitando primeramente el grueso candado, al cerrarla, este da un vistazo a la casa de Dolores, dentro de la cochera, la cual mantenía su puerta abierta, había una camioneta Escalade negra. Cristián no le toma importancia, coloca el seguro de la puerta y guarda el candado en su bolsillo, le parecía absurdo tener que abrir y cerrar el candado cada vez que entraba. Al estar en el interior, lanza su mochila a uno de los viejos sillones y se sienta estirando sus extremidades.

-ah... que flojera tener que hacerme comida- exclamó con un rostro retorcido al tiempo que se talla sus ojos con los nudillos, se queda durante unos segundos observando el techo pero, al cabo de unos segundos, se levanta y enciende el viejo radio sin importarle la estación, va hacia la cocina para ver que puede preparar, en la estación de radio había un programa sobre las religiones del mundo, la palabra la tenía un locutor de cálida voz, quien relataba lo siguiente.

"...la religión se basa en la fe, eso es lo que le da vida y fuerza..."

-espera- interrumpió una segunda voz, que a diferencia de la primera sonaba más gruesa -ahí este mal, la religión no se basa en la fe, se basa en el miedo, y gracias a eso, la religión controla el mundo.

-la religión no controla- exclamó con algo de molestia el primero- la religión guía, no se basa en el miedo, se basa en la fe.

-la religión no solo controla, manipula, solo sirve para crear problemas..."

Cristián se regresa para cambiar de estación; gira el botón al azar, después de buscar un rato se topa con una canción de su agrado, una mezcla de sonidos electrónicos y alternativos, sonrío al escucharla se levanta y va de nuevo a la cocina. Cristián es un muchacho acostumbrado a no hacer nada por su propia cuenta, más que la limpieza de su cuarto, la cocina era un lugar más desconocido que el lugar donde vivía, se le dificultaban sobre todo los detalles. Saca una lata de atún pero se detiene

al ver alrededor.

“Para que voy a comer aquí, no voy a usar esos trastes viejos y oxidados, solo que me coma el atún solo y en la lata” pensaba “aunque no estaría mal”

Este decide salir a comer a la calle, además de satisfacer su hambre, le serviría para conocer el lugar y comprar algunos utensilios de cocina. Deja su suéter en el sillón tomando el candado y sale, este deja todo bien cerrado, era molesto pero más molesto sería que se metieran a robar. Dolores, por su parte, platicaba con su novio Diego, uno de los nuevos compañeros de Cristián, en el interior de la camioneta en la cochera.

-...te digo, mejor vámonos de aquí- señaló Dolores que vestía una minifalda suelta color negro que resaltaba sus rosadas piernas y una muy escotada blusa verde, Dolores no era muy delgada, pero no le importaba, sabía cómo presumir y sacar ventaja de sus curvas aunque esto implicara verse aún mayor, a sus veinte años sabía ser toda una mujer.

-no lo sé -respondió Diego soltando una bocanada de humo, estaba recostado en el asiento de conductor, entre sus dedos sostenía un improvisado cigarrillo de marihuana.

-no tienes por qué dudarlo, viviríamos juntos, ¿o qué? ¿No quieres vivir conmigo?- insistió acariciándole el cabello.

-no es eso... es que...

-¿No te atreves a robarle a tu papá?- interrumpió -como si fuera la primera vez.

-claro que sí, podría hasta matar al imbécil- contestó con molestia al tiempo que se reincorpora en el asiento.

-¿entonces?

Diego vuelve su cabeza hacia Dolores con unos entrecerrados y enrojecidos ojos.

-no hagas eso bebé, no trates de sonsacarme- señaló seriamente mientras lanzaba hacia fuera las sobras de su improvisado cigarrillo.

-no te estoy sonsacando, solo te digo lo que nos conviene más.

-¿para ti o para mí?- preguntó viendo los verdes ojos de su novia al tiempo que prepara un nuevo cigarrillo.

-para los dos... ¿vas a fumarte otro?- cuestionó con desagrado, Diego asiente mientras saca una bolsa con marihuana, pasa su lengua sobre un pedazo de papel que saca de la guantera, envuelve la hierba en su interior y lo enciende.

-...lo voy a pensar- exclamó.

-no hay nada que pensar Diego.

-si lo hay- jadeó este -el "ruco" tiene muchos amigos y si desaparezo con su dinero, me va a buscar hasta encontrarme... Hasta encontrarnos.

-me arriesgaría, no me importa- exclamó está reacomodándose en su asiento observando sus uñas.

-eres muy ingenua.

-y tu muy cobarde- señaló -hablas de tu padre como si fuera el líder del cartel de Tijuana.

-pues casi lo es.

-entonces si le tienes miedo- insistió Dolores -¿qué te puede hacer? Eres su hijo, no te va a matar.

Diego se incorpora en su asiento aventando su cigarrillo por la ventana.

-ya me tengo que ir.

-¿ya?- cuestionó Dolores extrañada.

-sí, se me hace tarde.

-no fue por lo que dije ¿o sí?

-no, no fue por eso, tengo que irme a trabajar.

-¿a trabajar? ¿Tu?- cuestionó admirada con una pequeña sonrisa.

-tu sabes lo que quiero decir preciosa- contestó sonriendo.

-bueno, si te quieres ir, pues vete.

-dame un beso.

Dolores observa a su novio mientras este acomoda sus labios para recibir

el beso.

-prométeme que lo vas a pensar.

-no te prometo nada- exclamó Diego ante la molesta mirada de Dolores, se despide dándole un gran beso en los labios, baja del auto y este sale de su cochera, lo observa alejarse mientras recoge los distintos cigarrillos de marihuana a medio consumir que hay en el suelo, sale de la cochera también y los deshecha en el bote de sus vecinos. Al entrar por la puerta principal a su casa, Dolores se encamina hacia la cocina para lavarse las manos.

-ese olor no se quita- exclamó enjuagándolas con más fuerza.

-se fue más temprano- dijo una voz detrás de esta.

Dolores alza la mirada al reconocer la voz.

-tenía que ir a trabajar- señaló esta, seca sus manos y da la vuelta observando a Raúl. Quien sonreía moviendo su cabeza a los lados.

-ese no sabe trabajar.

Dolores baja la mirada observando sus manos. Queda en silencio unos segundos.

-ya tenemos vecino enfrente- señaló alzando la mirada de nuevo.

-lo sé... ¿ya sabes qué hacer?

Dolores asiente con la cabeza sonriendo a medias.

-lo que hago mejor.

Raúl baja la mirada con una leve molestia.

-esta es la última vez que hago esto, ya lo decidí- señaló Dolores con una voz baja.

-¿la última vez?- se extrañó.

-no quiero hacer esto por siempre Raúl, tarde o temprano nos...

-no nos va a pasar nada, te lo prometo... Nunca nos ha pasado nada y no nos pasará nada ahora- Dolores revisaba sus uñas.

-quiero una familia.

-¿una familia?- se extrañó Raúl -no estarás pensando en esto por ese Leobardo ¿o sí?

-¿qué tiene de malo? Solo quiero una familia y Leobardo no es tu problema.

-lo es cuando tiene que ver contigo... No quiero que vuelvas a vivir lo mismo otra vez.

-no quiero hablar de eso... solo quiero una familia y ser feliz...

-¿no eres feliz?

-no viviendo de esto.

-antes era mejor, cuando éramos solo tú y yo.

-pero ya no estamos solos, entiende.

Raúl queda en silencio, da unos pasos y se sienta en unos de los bancos cerca de la barra.

-¿qué piensas hacer con Diego? Crees que le vas a sacar dinero solo por...

-estoy en eso.

-¿cómo puedes pensar en Leobardo y estar con Diego?

-no necesitas preguntar eso, sabes la razón. Diego es solo mi carta de salida y si no te gusta, no me importa... Diego será entonces un problema personal... Contigo o sin ti lo haré, pero sabes bien que nos conviene más hacerlo juntos y entre más rápido mejor... Leo, él es diferente.

-no comparto tu idea de querer una familia... Pero tu vida es tu vida y puedes hacer con ella lo que quieras.

Dolores sonrío alargando un suspiro y se acerca a Raúl, esta le acaricia el rostro mientras este la observa con seriedad.

-gracias por ser como eres... No sé qué hubiera hecho sin ti, pero tenemos que ser serios de ahora en adelante ¿está bien?- Raúl asiente acariciándole las manos, Dolores le da un beso en la frente y se aleja, este admira su cuerpo al caminar regresando su mirada de inmediato.

-voy a preparar café- señaló este -tengo ganas de ir al baño- dijo en voz baja.

Mientras tanto, Cristián, al no haber encontrado ningún lugar donde comer, se acerca a una señora que caminaba en dirección opuesta, cargaba varias bolsas de víveres y en su rostro se marcaba un notable cansancio.

-disculpe.

-si- atendió amablemente la mujer- deteniéndose para bajar los víveres, acción que le permite descansar.

-sabe dónde puedo encontrar un restaurante.

-uuuuuy mijo, el más cerca está bien lejos- dijo esta con un pronunciado acento.

-¿o cualquier lugar donde pueda comer?

-mira, vete por aquí derecho- indicó la mujer con sus manos -como a dos cuadras doblas a la derecha, en la esquina hay una fonda, hacen muy buena comida ahí, te va a gustar.

-bueno, gracias.

Cristián sigue las indicaciones caminando con tranquilidad, se sentía un poco sofocado y cansado, no estaba acostumbrado a largas caminatas, aunque gustaba de la comida sana la falta de ejercicio en su rutina diaria era evidente, deseaba haber tomado un taxi; al encontrar la fonda, este se introduce de inmediato, se sienta en una de las mesas de afuera, en una pequeña terraza, pide una ensalada y un jugo de naranja. El lugar estaba al aire libre, fresco y con una pequeña vista al barrio, era un lugar tranquilo y agradable. En el momento en que recibe su orden, este se dispone a comerla mientras observa a las personas pasar, comía con calma, apreciaba el lugar como un típico fuereño, observaba los diversos locales, sobre todo, le llamaba la atención la gran cantidad de tiendas que se dedicaban a la venta de artículos de segunda mano.

“no es tan diferente” pensó. Se podían ver niños cruzando la calle tomados de la mano de sus protectores padres, adolescentes de secundaria caminando por la calle al tiempo que agitaban sus manos entonando una canción estilo “rap” moderno, Cristián hace un gesto de desagrado en su boca al verlos pasar, en su escuela anterior había sido objeto de burlas por parte de sus compañeros, sobre todo en el sentido de gustos musicales y modos de vestir; zona muy marcada y delimitada en los tiempos modernos en los que se debe adoptar un género musical para desarrollar una forma de vestir y determinar un status social. A pesar de

que a Cristián le parecía absurdo, estaba delimitado socialmente por su voluntad a ser parte de las nuevas tendencias. Al término de su comida, Cristián se queda un rato reposando el alimento, observa todo mientras muerde levemente un palillo. Después de unos minutos, paga su comida y toma un taxi de regreso a su casa.

“se me va a acabar el dinero en taxis” pensó. Estuvo toda la tarde solo en su casa, escuchando la aburrida programación de la radio, mientras limpiaba los gabinetes de la cocina y el baño de abajo, así no lo utilizara pues estaba aún más descuidado que el baño del cuarto principal, sabía que vendrían a visitarlo y no quería dar una mala impresión. Su casa no podía estar más limpia y olorosa, pero a Cristián le incomodaba los pequeños detalles como grietas en la pared, golpecitos en los muebles o la pintura opaca que hacía ver la casa sin vida, respiraba profundo y al tiempo que abría y cerraba sus manos y exhalaba dejando salir su tensión.

“está limpio” se repetía.

Sube los escalones hasta llegar al cuarto que ocupaba, enciende su laptop para buscar un juego con el cual entretenerse, dentro de la misma guardaba imágenes de momentos memorables en su vida, vacaciones con su familia, fiestas, andanzas con sus amigos, fotos en la escuela y demás, en esta colección no tenía ni una sola foto con su padre. Después de aburrirse de los tediosos juegos, este saca su libro de cuentos, el cual guardaba dentro de su mochila, también esperaba la visita de Dolores, a cada instante viraba su cabeza hacia la puerta deseando verla entrar.

“extraño Internet” pensó. “pero que flojera salir a buscar algún local”

En eso, se deja escuchar un leve maullido, baja el volumen de la radio y se levanta.

–ahora solo falta que un gato viva aquí- exclamó, deja el libro sobre el sillón y camina hacia el sonido, era de afuera, cerca, se dirige hacia la puerta trasera y sale hasta toparse con un mugroso gato, el cual se mantenía sentado cerca de la puerta observando hacia el interior; el rostro del animal denotaba que había sufrido varias peleas y golpes, estaba flaco, su pelaje era de un color entre grisáceo y café, sus ojos eran tristes y reflejaban un hambre que había tenido que soportar desde hace bastante tiempo, Cristián toma un palo que estaba recargado en la pared y ahuyenta al animal, el cual corre temeroso a recibir un nuevo golpe y tatuarse una nueva cicatriz, después de ver al felino saltar la barda, Cristián deja el palo y cierra la puerta.

Al llegar la noche, Cristián no sabía qué hacer, consideraba comprarse un

televisor.

“sin cable o satélite, una televisor no es más que una caja” pensaba. Este toma su celular para mandar un mensaje a Isaías:

“me estoy muriendo de aburrimiento, cuéntame algo”

Cristián dejó el celular en la cama, sabía que si le hablaba a su amigo su saldo se agotaría con mucha rapidez y aun no sabía cuánto dinero recibiría. Saca de su mochila un reproductor de mp3 oscuro, en el cual albergaba cientos de sus canciones favoritas. Se coloca sus audífonos y lo enciende. Sube los escalones y se recuesta en su cama quedando dormido al poco tiempo.

## Capítulo 4

V

El sol destellaba a lo alto iluminando un nuevo día, Cristián caminaba hacia el edificio principal mientras revisaba una copia de papel en la cual estaba su horario de clases, la había solicitado a la desagradable mujer de control escolar el día anterior, alza la mirada y logra ver a lo lejos a Diego, quien se encontraba al lado de la cerca platicando con un sospechoso sujeto que aparentaba ser mucho mayor, este le entrega, lo que parece ser, una diminuta bolsa oscura la cual guarda con disimulo en su mochila. Cristián regresa su mirada atendiendo de nuevo el horario, su siguiente clase era de Ética. La clase era un tanto tediosa, y la voz del profesor era mucho más, Cristián, después de tomar apuntes, solía hacer garabatos al final de su libreta ignorando las explicaciones del concentrado profesor, dibujaba diferentes formas tribales, algunas con simetría como telarañas, otras simplemente indescifrables, sus colores incluían el negro y el rojo de una pluma de punto fino, la cual utilizaba solamente para dibujar, nunca para escribir. Su compañera de al lado, Sonia, lo observaba desde su entrada al salón, Cristián siente su incómoda mirada encima. Vuelve su mirada hacia ella recibiendo una condescendiente sonrisa, la cuál regresa a medias, sus párpados tenían un opaco color púrpura, su rostro se veía liso como muñeca de porcelana, tenía sus mejillas rosadas y un par de hoyuelos en ambos lados de su boca. Cristián cierra su cuaderno para poner atención la clase.

La hora de receso estaba encima, sale del salón de Historia Universal sin hablar con nadie, le agradaba que en su clase siempre participaran las mismas personas, una muchacha rellenita de dorados cabellos y verdes ojos, bajita y muy simpática, pero demasiado pretenciosa, Aleida era su nombre.

“gorda pretenciosa” pensaba Cristián cada vez que esta levantaba su mano con un orgullo sonriente.

Sus compañeros llevan sus mochilas y las dejan en el salón de la siguiente clase, Ciencias Políticas excepto Cristián, quien, acostumbrado a ser blanco de bromas pesadas en su anterior escuela, mantenía sus cosas personales siempre cerca.

“voy a ir a la cafetería” pensó “espero que tengan algo sano para comer”

La cafetería pocas veces estaba llena, la mayoría de los alumnos salían de la institución para comer afuera cualquier cosa, fumar escondidos o simplemente para platicar chistes y anécdotas, algo común en toda preparatoria. Sentía un poco de nervios, a pesar de no estar en medio de incómoda marea de ojos curiosos que analizan cada centímetro de su

cuerpo. Algo que detestaba, sobre todo, las veces que salía al cine con sus amigos.

Compra un jugo de naranja y un emparedado de jamón, el cuál estaba envuelto en papel celofán, busca un asiento libre afuera para estar al aire libre. Saca de su mochila su libro de cuentos y empieza a leerlo, mantenía su emparedado cerca, tenía hambre mas no quería comer, actitud usual en este, que se negaba a comer para no engordar, pero terminaba comiendo lentamente.

Pasados los minutos, Cristián observa el emparedado regresando la mirada al libro de nuevo.

“¿te quieres volver anémico o que?” se preguntaba mentalmente, siempre se hacía esta pregunta justificando inconscientemente su necesidad de comer, aunque al término de cada comida pensaba: “debo comer menos”

Era un desorden psicológico del cual Cristián nunca hablaba, con nadie, ni siquiera su madre. Deseaba mantenerse delgado pero no quería pasar hambre, pensaba que, además de demostrarle a su padre que es una persona que merece su respeto, tal vez viviendo solo podría organizar su forma de pensar, toma el emparedado y cuidadosamente quita el papel celofán. En eso Dolores se acerca sentándose frente a este, lucía un poco mas jovial que el día anterior. -hola- saludó, admirado al verla, sonrío levemente notando que vestía ropa casual y no el obligado uniforme -así que aquí es donde estudias.

-si, así es, ¿tu también estudias aquí?- cuestionó envolviendo de nuevo el emparedado, este agarra su jugo y lo agita despacio, Dolores se sienta frente a él.

-creo que si- respondió sonriendo.

-pregunta estúpida- señaló Cristián -aunque no traes uniforme- dijo con un tono de duda al tiempo que abría la botella y daba un sorbo sintiendo como su estómago recibía gustoso la bebida.

-tengo influencias- aclaró observándolo -¿Qué lees?- Cristián levanta el libro enseñando su oscura portada -¿cuentos de terror?- cuestionó Dolores con decepción -el mundo es un lugar bastante salvaje y loco, ¿para que quieres miedo extra?- este sonrío bajando el libro -¿crees en fantasmas?

-la verdad no- respondió alzando sus cejas en un gesto intelectual.

-entonces... ¿por qué lees esos?- cuestionó señalando el libro.

-no lo se... Creo que porque es ficción, me gusta el entretenimiento que no este relacionado con la realidad, fantasías, metáforas, fábulas y cosas

por el estilo, ficción como la Biblia.

Dolores frunce el ceño.

-¿ficción? ¿no crees en Dios?- cuestionó esta en un tono escéptico.

-creo en lo que veo- respondió Cristián volviendo su mirada alrededor.

-¿y que ves?

-muchas cosas.

-si no crees en Dios ¿qué crees que pasará cuando te mueras?

Cristián la observa unos segundos con una pequeña sonrisa.

-moriré... Y ya, pero no me gusta hablar de esas cosas, es un tema...- agita su cabeza desganado -...muy complejo y aburrido.

Dolores niega con su cabeza sonriendo sin abrir sus labios.

-¿por qué no te comes eso?- señaló el emparedado.

-no se, se me quitó el hambre- mintió deseando tragarlo de un bocado.

-deberías comer, estas muy pálido.

-es mi color natural.

-solo si eres albino.

Cristián sonrió acomodando su libro en la mochila.

"¿por qué demonios le sonríes tanto estúpido?" analizaba mientras desvanecía su sonrisa lentamente.

-es que es de jamón... No tenían de atún.

-¿no comes jamón?- cuestionó alzando ambas cejas con una mirada incrédula.

-si, pero no en el desayuno... Bueno, no acostumbro a desayunar cosas pesadas.

-has de ser una persona de ideas únicas ¿no?- señaló, Cristián da un nuevo sorbo a su bebida, sentía como despacio su cuerpo absorbía los nutrientes que necesitaba, esta pasa saliva después de haber pasado su jugo, su boca se llenaba de la misma al observar el emparedado, su

pretexto sobre el jamón era estúpido y lo sabía, mas no quería comerlo frente a Dolores.

Diego caminaba cerca del lugar junto a un par de amigos, la actitud de estos era visiblemente arrogante, mantenían sus camisas desfajadas y una mirada intimidante acentuando sus movimientos corporales al estilo pandillas americanas. Al ver a Cristián junto con Dolores, este irrumpe en la mesa y se sienta irrespetuosamente a un lado de Dolores, quien lo había observado con discreción desde lejos, este planta un repentino beso en la boca. Sus amigos se meten a la cafetería.

-¿qué haces aquí?- cuestionó Diego, Cristián lo observa extrañado, Dolores es físicamente mayor que Diego y al parecer, también mas madura.

-nada, solo platico... ¿no me digas que acabas de fumar marihuana?- señaló Dolores alzando su nariz.

-si quieres dilo mas fuerte, creo que no te escuchó Samaniego... ¿quien es este?- cuestionó virando su vista a Cristián mientras pasaba su lengua por sus labios entrecerrando sus ojos.

-es un amigo.

-a si, y es un amigo que yo no conocía.

-nos acabamos de conocer- interpuso Cristián.

-¿y a ti quien chingados te metió en mi platica? ¿eh?- preguntó Diego déspotamente y con una frívola mirada.

-no le hables así, no le hagas caso- señaló sonriendo a Cristián -¿estas celoso?- cuestionó con una admirada burla.

-nop... Pero quiero saber cuando lo conociste.

-hace poco, es mi nuevo vecino, vive frente a mi casa.

-vecino de enfrente ¿eh?- se admiró

-si, eso fue lo que dije- Dolores abre su bolso exhalando con molestia.

-solo estamos platicando no es para que te pongas así- señaló Cristián.

-¿que no entiendes que yo no estoy hablando contigo?- imperó Diego con mas seriedad, Dolores se admira de la prepotente actitud de su novio.

-eres increíble Diego, cada vez me sorprenden mas las pendejadas que me reclamas, ya eres un vicioso inútil, me gustaría traer un espejo para que pudieras ver tu patética cara.

-yo siempre me veo guapo- sonrió con un marcado cinismo.

-bueno Cristián, mejor me voy, te veo al rato- se despidió levantándose.

-¿a donde vas?- preguntó Diego al verla decidida a alejarse.

-cuando se te pase hablamos.

-¿cuando se me pase que? Dolores ven acá...

Esta lo ignora y se aleja, Diego, se queda sentado frente a Cristián, quien baja la mirada intimidado.

-no deberías tratarla así- opinó Cristián con un cálido tono. Diego, al escucharlo, lo ve con un intenso e irracional coraje, se encamina hacia el con una intimidante lentitud y se planta nuevamente en la silla mirándolo con unos ojos rojos y desorbitados.

-solo te voy a decir una cosa costeño- advirtió alzando su dedo índice.

-¿que cosa?- preguntó Cristián escéptico.

Diego avienta la mesa hacia un lado tirando todas las cosas de Cristián, se abalanza sobre el y lo toma del cuello.

-esa morra es mía cabrón, si te vuelvo a ver cerca de ella te voy a quitar los huevos de un navajazo! ¿entendiste?! ¿eh?! -s-si- contesta difícilmente Cristián.

-ipues mas te vale pendejo!, ipor que a mi no me andas con chingaderas!- Diego suelta a Cristián arrojándolo hacia el suelo, este queda sofocado y atontado ante la mirada de asombro de los demás estudiantes -ipendejo!- expresó -¡quien chingados crees que soy!- se aleja caminando con ufanía mientras su dos amigos lo siguen sonrientes al tiempo que llevan a su boca frituras de papa llenas de salsa picante.

Cristián se incorpora nuevamente y empieza a recoger sus cosas, nadie le ayuda mas todos lo observan con una mirada de burla mientras murmuran. Recoge sus cosas sin ayuda de nadie, sus manos temblorosas apenas logran agarrar las cosas de suelo, al lado estaba regado el emparedado, este lo observa sintiendo como su estómago le reclama. La campana suena con fuerza y la mayoría se retira para regresar a clases, Cristián aun sorprendido, toma sus cosas y sale de la escuela ya que la puerta de la misma se mantenía siempre abierta, no quería regresar al

salón. Al salir de la institución, este camina por la banqueta presuroso.

-hey- llamó una voz con un hosco tono, esta provenía de un vehículo estacionado cerca, un deportivo color blanco, la puerta del mismo se abre dejando mostrarse al conductor -¿qué le hiciste?- cuestionó el mismo, era un sujeto alto y musculoso, su cabello se mantenía relamido hacia atrás. Cristián se detiene observándolo con poca confianza.

-nada- respondió para retomar de nuevo su andar.

-por lo mismo a mi también me cae mal ese imbécil- exclamó el sujeto. Cristián se detiene de nuevo y voltea a verlo, el sujeto sale del auto y saca una caja de cigarrillos -se cree el dueño del lugar- este alarga la caja a Cristián quien niega observando su vestuario.

“fachoso” pensó.

El holgado atuendo del misterioso sujeto parecía tener bastante historia, estaba opaco y maltratado, sobre todo su franela verde, sus vaqueros se miraban mas decentes pero igualmente desteñidos. Su delgado cuello delineaba su mandíbula, la cual cubría con una delineada barba, era moreno, portaba unos lentes oscuros demasiado nuevos que no coincidían con su envejecido vestuario.

-no se porque se puso así, no le hice nada- dijo torciendo sus manos hacia arriba y hacia atrás para sujetar los tirantes de su mochila.

-está loco, pero es pendejo- enciende un cigarrillo -me llamo Leobardo ¿y tu?

-Cristián- respondió con poca confianza.

-Cristián- se admiró este mirándolo con sarcasmo, en eso, un amigo de este aparece cargando una bolsa, saca una cerveza y le da otra a Leobardo.

-hey- saludó a Cristián quien le devuelve extrañado el saludo con la cabeza. Lo admira igualmente por su atuendo, el cuál no estaba para nada desteñado, en ese aspecto, el sujeto parecía ser mas vanidoso, portaba una camiseta azul sin logo y un pantalón de caqui de tela.

-Diego lo quiso golpear hace rato- comentó Leobardo sonriendo.

-¿ah si? Y eso ¿por qué?- cuestionó dando un sorbo a su cerveza, Cristián frunce el ceño.

-ya me tengo que ir- señaló dando la vuelta.

-no le tengas miedo- señaló Leobardo -si le demuestras eso te va a estar molestando todos los días... Ignóralo, mándalo a la fregada.

-tengo cosas que hacer- comentó volviendo su mirada hacia estos.

-pues... Allá tu, yo solo te digo que si no quieres que ese péndelo te siga molestando, no les des alas, porque se va a aprovechar.

-lo voy a intentar... gracias- finalizó Cristián quien sigue su camino, Leobardo observa como este se aleja y niega con la cabeza.

-el segundo día y ya tengo problemas- renegó Cristián mientras caminaba, de inmediato saca su celular y marca a casa de sus padres, continua su camino esperando el tono, mientras busca un taxi, este no obtiene respuesta y guarda su celular.

-¿cómo se llama?- cuestionó el amigo recargándose en el auto de Leobardo.

-Cristián.

-¿ese es?

-yeap.

Dolores se acerca cargando su bolsa de mano.

-ya quedó- señaló esta.

-¿qué te dijo Samaniego?- cuestionó Leobardo dando un sorbo a su cerveza.

-nos van a pagar la mitad por adelantado, mañana por la mañana, dijo que entre mas rápido mejor- hace una pausa -ya no quiere verme en la escuela.

Leobardo sonrío lanzando una bocanada de humo.

-¿por lo de tu novio Diego?- Dolores vuelve su mirada rápidamente hacia Leobardo después observa la escuela -lo vi todo.

-no, y ese es mi problema, se lo que hago- señaló con seriedad, Leobardo la observa con sospecha durante unos segundos.

-acabamos de ver al plebe.

-¿y?

-no se que estas tramando... Solo espero que lo hagas bien, aquí no hay margen para el error.

-siempre me dices eso.

-porque tu nunca me escuchas.

-eso es porque yo nunca me equivoco- señaló dando la vuelta alejándose meneando su cadera, Leobardo lanza el cigarrillo al suelo y se introduce al auto.

-vámonos- ordenó, lanza el bote vacío al lado de la cerca de la escuela.

Horas después, ya entrada la tarde, Dolores se dirige a la casa de Cristián, esta portaba un "short" y una blusa rosa. Llega a la puerta y toca, espera unos segundos pero no obtiene respuesta.

-¡Cristián! ¿Estas ahí? ¡Soy yo Dolores! ¡Tu vecina!

Al no escuchar respuesta Dolores mueve la manija de la puerta la cual Cristián había dejado abierta, esta abre y se introduce lentamente.

-¿Cristián? ¿Dónde estás?- cuestiona mientras camina, en eso Cristián baja por los escalones con rapidez y torpeza, este se sorprende al ver a Dolores dentro de su casa.

-hola, que guapo- saludó Dolores. Cristián la mira algo nervioso, se encontraba con solamente unos "shorts" como vestimenta, su delgada y blanca figura parecía de porcelana, tenía su torso delineado con delicadeza, demasiada para un varón -si quieres vengo mas tarde- sugirió al ver la impresión en su rostro.

-ah, no... Deja y me cambio, ahora vuelvo.

-esta bien.

Cristián se va hacia su cuarto, con un notable desagrado por la visita. Se coloca una camiseta y baja.

-¿quieres algo de tomar? Jugo, agua- ofreció amablemente.

-jugo por favor.

Este saca una gran botella del refrigerador y un par de vasos de plástico los cuales acababa de comprar.

-así que el de ahora era tu novio ¿eh?- cuestionó Cristián al tiempo que servía el líquido en los vasos.

-si, perdóname, el no era así, lo que pasa es se la pasa fumando hierba.

-¿marihuana?

-así es- se sienta en la pequeña y envejecida sala, a esta no parece importarle lo maltratado que están los sillones.

-no te preocupes- exclamó Cristián mientras se acerca con el par de vasos, entrega uno a Dolores.

-gracias- expresó al tomarlo -Diego está loco.

-y bastante- comentó Cristián plantándose en el sillón principal.

-el es muy peligroso- Cristián da un gran sorbo a su vaso.

-no parece- comentó sarcásticamente -pero... ¿que quieres decir con peligroso?

-es una persona muy extraña.

-¿y porque andas con el?- cuestionó relamiéndose el jugo al tiempo que acomoda su vaso en la mesita de centro, sobre la cuál había un anticuado bol vacío.

-porque... Lo quiero y mucho, pero Diego está cambiando demasiado, ya no es el mismo.

-las drogas cambian a las personas.

-es hijo de un narquillo, además tiene una pandilla y trafican droga, cocaína, marihuana y todo esa basura.

Cristián mira dudoso a Dolores.

“¿y a mi que me importa?”

-¿eso es verdad?- cuestionó.

-si, perdón por lo de ahora, no era mi intención.

-no te preocupes, no es tu culpa...- señaló cruzando sus piernas -¿porque no rompes la relación?

-no es tan fácil, Diego es de esos que se aferran a algo y no lo sueltan, y ahora está aferrado a mi, -cuando está drogado se comporta como un maniaco.

-el... ¿te ha golpeado?

Dolores levanta su mirada para bajarla de nuevo hacia el suelo.

-¿eso que tiene que ver?- cuestionó molesta tomando el vaso con ambas manos, sostiene sus codos sobre sus piernas.

-lo siento- señaló Cristián acomodándose -no quería...

-un par de veces- interrumpió incómoda, Cristián la admira condescendiente.

-deberías ir con la policía, eso no es normal.

-si hago eso me va peor, ¿Qué podría hacer?

Cristián observa con sospecha a Dolores.

-en la mañana... no te veías como una víctima.

-¿Cómo una víctima? No entiendo.

-le contestaste.

Dolores baja su cabeza con molestia.

-vengo aquí porque me das confianza ¿y ahora sospechas? Abro mi corazón y doy una amable bienvenida, te ayudo a limpiar tu casa...

-perdón- interrumpió -solo que no me pareció normal, a como lo cuentas, no me pareció que le tuvieras miedo.

-no le tengo miedo, cuando se droga lo puedes insultar y no se acuerda, a como no recuerda lo que hace, en la escuela es mas fácil huirle porque ahí no me va a hacer nada, no frente a todo mundo.

Cristián ve como Dolores mantiene su cabeza agachada observando solamente el vaso, en sus ojos se veía que una lágrima estaba por salir.

-entonces... ¿no puedes hacer nada?- cuestionó Cristián -no entiendo

como te metiste con el- señaló alargando su mano para tomar su jugo.

-el no era así, cuando lo conocí el era un muchacho muy amable, pero cuando empezó a consumir droga cambió y solo para mal.

-¿tu las consumes?

-¿por qué lo preguntas?

-por obvias razones.

-no, claro que no- renegó dando un sorbo.

-¿nunca?, eso se me hace algo difícil de creer- Dolores lo observa admirada, con disgusto. Se levanta y se dirige a la puerta, Cristián se levanta de igual forma adelantándose evitando así la salida -perdón, no quería que te molestaras, solo que... a veces hablo de más.

-no convives mucho con mujeres ¿verdad?- Cristián frunció el ceño ante la indirecta -si no creíste lo que dije allá tu.

-si lo creo, pero el no tiene nada que ver conmigo, si me dice algo por estar contigo, pues, tendré que hablar con el.

-si, hablar con el seria la mejor solución- dijo con sarcasmo -de todos modos me tengo que ir.

-¿ya?

-tengo cosas que hacer.

-no es cierto.

Dolores alza su mirada con una sonrisa admirada.

-no tengo porque mentirte- finalizó, sale rodeando el cuerpo de Cristián, el cual entorpecía su salida.

-¿vendrás mañana?

-tal vez- respondió sin mirar atrás, Cristián la observa alejarse, confundido cierra la puerta con lentitud colocando el seguro.

La noche estaba clara, la luna relucía en todo su esplendor, Raúl, Leobardo y Diego se encontraban en el interior de una pequeña casa a la cuál llamaban "la cueva" esta se localizaba en una alejada colonia, su interior estaba amueblado únicamente por un minibar y diferentes mesas y sobre estas, bolsas abiertas de cocaína y marihuana. Leobardo y Raúl,

ambos cuatro años mayores que Diego, adulteraban la cocaína con pequeñas cucharadas de cualquier tipo de talco, entre mas suave mejor, Leobardo siempre tomaba una bolsa de cocaína sin alterar y la guardaba en su chaqueta sin que Diego se diera cuenta, Raúl solo lo miraba con una molestia usual, Diego por su parte sacaba cantidades iguales de marihuana para combinarlas con orégano en otras bolsas, al lado de este había varios cigarrillos improvisados sobre un cenicero, la lado del mismo había un singular revolver plateado con dibujos dorados y con la culata color perla sobre un pañuelo oscuro.

-hay que apurarnos- señaló Diego volviendo su cabeza hacia estos -ya van a dar las nueve y media.

Raúl termina de colocar un paquete encintado de cocaína en el interior de una mochila oscura, la cierra y la toma colgándola detrás de su hombro. Leobardo tenía sus lentes colocados sobre su cabello, este prende un cigarrillo alzando la cabeza ante el placer que esto le ocasiona, Diego cierra la mochila que se encontraba frente a él observando fríamente a Leobardo, este la toma con una mano fuertemente, su fuerza se dejaba ver en su antebrazo, pues levanta pesas todos los días cada vez exigiéndose mas. Sale dejando atrás a Leobardo, quien cierra la puerta de la casa, Raúl se encontraba en el interior de la camioneta oscura sentado en el lado de pasajero, cosa que desagrada a Leobardo, este le hace una violenta seña para que cambie su lugar mientras se aproxima, Raúl baja dejando la puerta abierta y se sienta al lado de las mochilas. Diego maneja despacio, mas serio que de costumbre, concentrado con una mirada fría, no había música mas todos estaban acostumbrados al tenso ambiente de su trabajo. Después de manejar poco mas de media hora, estos se introducen a un callejón oscuro, Diego apaga las luces mientras avanza, al detener la camioneta este baja acomodando sutilmente su revolver, el cual portaba con discreción. Raúl baja cargando consigo las dos mochilas, todos se colocan frente a la camioneta iluminados por la luz de la luna. Leobardo se planta con una actitud altanera alzando la mirada mientras retuerce su boca, segundos después, otra camioneta se adentra al callejón por el lado contrario, estos apagan sus luces al detenerse, de la misma bajan cuatro misteriosos sujetos cuyos rostros no se logran distinguir.

-así que... Leo, ¿hace cuanto que me estas robando?- cuestionó Diego sacando su revolver, su mano se veía pequeña pero su brazo se mantenía firme.

-¿qué?- renegó Leobardo extrañado, este aprieta su mandíbula al ver el brillo del metal, mira una y otra vez a los sujetos y a Diego, quien lo observaba fijamente -¿de que estas hablando?

Diego sonríe y da un par de pasos hacia delante.

-creo que aquí el que necesita explicaciones soy yo- señaló deteniéndose.

- no crees que estas muy plebe para hablarme así?- dijo Leobardo intentando retomar confianza.

-no importa la edad cuando tienes un par de huevos muy grandes- exclamó Diego alzando el revolver hacia este, Raúl se mantenía distante, con una resignada actitud.

-no se que es lo que te dijeron Diego, pero es mentira.

Los misteriosos sujetos parecían congelados, observan la situación como un espectáculo privado al que ya estaban acostumbrados.

- por qué no lo admites?- cuestionó Diego -ya lo s  todo, solo quiero que lo admitas.

- qu  cosa?

-no te lo voy a repetir.

-es mentira- señaló Leobardo dejándose dominar por los nervios -te lo juro que es mentira- alza ambas manos en señal de defensa.

-tenías razón- dijo Diego volviéndose hacia Raúl -aparenta ser muy rudo pero no es mas que una nena.

Leobardo mira a Raúl sorprendido mientras niega con la cabeza, Raúl baja la mirada. -mira... Te voy a explicar- dijo Leobardo pasando saliva con dificultad -estaba haciendo negocios por otro lado si... Pero no te estaba robando, solo... Solo estaba abriendo mas puertas para el negocio- Diego lo observa indiferente ante sus palabras -eso es todo.

- eso es todo?- sonrió Diego. Leobardo asiente nervioso con su cabeza.

El resplandor fugaz del revolver ilumina lo ancho del callejón, Leobardo cae inerte tras recibir el disparo en su cabeza, el eco del disparo hace que de inicio una molesta sesión de ladridos, caminaba por las calles y nadie sale a ver que es lo que había pasado. Los misteriosos sujetos sacan una bolsa negra junto con algunas cuerdas, estos de inmediato empiezan a envolver el cuerpo ensangrentado de Leobardo, Diego deja el revolver en el suelo mientras Raúl coloca las dos mochilas en el suelo, este observa a uno de los sujetos con una sutil mirada y saca del bolsillo de Leobardo su celular. Ambos regresan a la camioneta encendiendo los faros de la misma hasta estar fuera del callejón, estos se alejan despacio y sin

remordimientos.

Cristián se encontraba en la cocina preparándose un par de emparedados, no había comido nada en todo el día y debía sacrificar su costumbre de no cenar para poder dormir tranquilo.

“mañana me compro unos laxantes”

Abre el refrigerador, saca el jamón, tomates, lechuga y demás ingredientes, nunca usaba mayonesa, saca diversas bolsas de cubiertos de plástico, los cuáles desechaba después de usarlos, pocas veces usaba metal en sus comidas a excepción del cuchillo. El silencio reinaba el lugar, Cristián adoraba las noches tranquilas y silenciosas cuando estaba solo, le permitía pensar y aclarar sus ideas; en eso, un maullido se deja escuchar cerca, este queda en silencio deteniendo su actividad, camina a paso lento hacia la salida.

-ese pinche gato otra vez- Sale en busca del felino tomando nuevamente el palo recostado junto a la pared, pero no hay nada, ni un solo rastro del animal, de ninguno, ni siquiera un grillo, entra de nuevo cerrando la puerta, solo para darse cuenta que el gato había irrumpido en su morada y se había comido varios pedazos de jamón, estaba sobre la barra, de espaldas, comía con rapidez, parecía que comía antes de que se acabara el mundo, lentamente alza el palo que aun sostenía en sus manos se acerca sigilosamente, tenía pensado dar un certero golpe que hiciera al animal no volver nunca; ya mas cerca, al momento de intentar golpearlo, el felino vuela su cabeza rápidamente y salta, Cristián se asusta y suelta el palo, el felino sale por la puerta y se va corriendo sobre la barra y sale por la ventana de la cocina, Cristián toma de nuevo el palo y sale con intenciones de lanzarlo al felino que acababa de hurtarlo, corre hasta detenerse frente a la barda que cubría su casa, sobre la cuál se posaba el animal, se relamía los labios con orgullo, había cenado y gracias a este, quien lo observa con enojo, el animal alza su mirada mostrando sus relucientes ojos; Cristián queda paralizado ante la intimidante mirada, baja despacio el palo hasta dejarlo en el suelo sin siquiera parpadear, el ronroneo del felino se dejaba escuchar ante el silencio de la noche, la luna iluminaba su maltratado y esponjado pelaje, se levanta y camina dando la espalda a Cristián, caminaba lento, seguro de que no sería atacado, al llegar al final de la cerca este se detiene y da una última mirada para después saltar y desaparecer. Cristián queda inmóvil un par de segundos mas y regresa a la cocina, asegura la puerta y cierra la ventana, recarga ambas manos sobre la barra y ve como su jamón ha sido devorado, Cristián, guarda las verduras, tira el resto del jamón y saca la leche para servirse un vaso.

“no querrá leche también... para pasar el jamón” pensó con amargura.